

*Héroes decadentes*¹

Relatos

Francesco Giuseppe Vitola Rognini

¹ Número de registro de la obra en la Oficina para los Derechos de Autor: 10-857-92.

«El chiste tendencioso fortifica las tendencias a cuyo servicio se coloca, aportándoles auxilios procedentes de sentimientos reprimidos o entra abiertamente al servicio de tendencias reprimidas.» Sigmund Freud. *El chiste y su relación con lo inconsciente*.

«Los arquetipos son complejos de vivencias, que aparecen fatalmente, o sea que fatalmente comienza su acción en nuestra vida personal.» Carl Jung. *Arquetipos e inconsciente colectivo*.

Índice

Primera parte: Héroes arquetípicos

- I. El bufón
- II. El héroe
- III. El idealista
- IV. El sabio
- V. La sombra
- VI. El protector
- VII. El fauno
- VIII. El ánima

Segunda parte: Superhéroes desenfocados

- I. Spiderman ulceroso
- II. Flash y Superman están de vacaciones
- III. Hulk va al psicólogo
- IV. The Punisher va al supermercado
- V. Aquaman no cree en los Super Amigos
- VI. Wolverine no se oxida
- VII. Batman, apostador compulsivo

Primera parte:
Héroes arquetípicos

I. Frost, el payaso estrella²

Frost fue el payaso trapecista del circo Hermanos Caspa hasta enero del 2009. Su acto central consistía en lanzar pasteles de crema a otros payasos desde la cuerda floja, luego de lo cual hacía malabarismo con machetes. La secuencia se repetía diariamente, sin errores, tres veces al día.

En las caras demacradas de los empleados del circo era evidente la explotación y el abuso psicológico al que eran sometidos. Con resignación se prepararon lo mejor que pudieron, unos se lavaron la cara, otros prepararon café o tomaron algo más fuerte para espabilarse. Mientras tanto la audiencia hacía fila para comprar los boletos. En una colorida casa rodante sonó un disparo ahogado, se abrió la puerta y se asomó un payaso de peluca humeante, al verlo, los espectadores que hacían fila, rieron al unísono.

Al rato, cuando el público ocupó sus asientos, se presentó Raúl Caspa, el dueño del circo, quien les dio la bienvenida y les prometió «sorpresas y muchas risas». Hizo especial énfasis en la función de «Frost, el payaso trapecista».

El espectáculo comenzó con los caballos blancos guiados por rubias desteñidas, vestidas con diminutos trajes y medias veladas transparentes que dejaban ver muslos fuertes. Siguieron los osos que pedaleaban triciclos, seguidos por los payasos que hacían bromas pesadas al público, incluyendo esa en la que fingen lanzar el contenido de un balde sobre los espectadores. Los presentes se cubrían esperando agua fría y cuando veían que eran tiras de celofán pegadas al balde se reían como idiotas.

Los malabaristas hermanos Caspa se lanzaron gatos, luego mofetas. Una bailarina exótica hizo la danza de los siete velos mientras caminaba descalza sobre un sendero de vidrio picado. Sonó una versión cutre de *I can't get no satisfaction*, cantada tras bambalinas por una mujer borracha y en un pésimo inglés. Perdía el ritmo, se le olvidaban partes, incluso se tomaba la libertad de fumar mientras cantaba. En el clímax de la canción regurgitó un poco y volvió a tragárselo. Por el público corrió una oleada de repugnancia. Jimmy Caspa, el menor de los cinco hermanos, le arrebató el micrófono a la cantante, lo que hizo que esta perdiera el equilibrio y terminara en el suelo cubierta con el telón de terciopelo del que se había sujetado.

² Corresponde al arquetipo de El bufón.

La bailarina completó el recorrido sobre los cristales rotos, sacudió los trozos de vidrio incrustado en las callosidades de sus pies y abrió la boca: uno a uno extrajo cuatro alacranes. Jimmy Caspa los contó con voz grave, exagerando dramatismo hasta convertirlo en burda comedia. Bajaron la intensidad de las luces, lo que le dio un aura de misterio al cierre del acto. La mujer evitó hacer muecas cuando los arácnidos atenazaban su lengua, estaba tranquila a pesar de todo, ella misma había removido el extremo ponzoñoso.

A la pista central entraron las mellizas, conocidas en el circo como Las Ninfas. Hicieron una secuencia de posturas y contorsiones sostenidas sólo por la fuerza de sus brazos. El público boquiabierto dejó salir repetidas exclamaciones.

Acabada su presentación aparecieron unos obreros que en par patadas armaron la jaula para el espectáculo con grandes gatos. Sobre ellos, en la cuerda floja, a quince metros sobre el suelo, y sin red protectora, estaba Frost. El público pasó de la euforia al silencio absoluto. La silueta oscura inició con paso lento su marcha, se detuvo en la mitad de la cuerda y encendió dos antorchas con un mechero. Sudaba copiosamente, lo que hizo que el encendedor metálico adornado con una cara feliz resbalara en dirección a la cabeza del obrero cincuentón. Produjo un sonido hueco. Frost levantó una mano a modo de disculpa y comenzó a hacer malabares rápidos. Continuó caminando sobre la cuerda floja mientras terminaban de armar la jaula. Los obreros sabían que cuando Frost bebía le temblaba el pulso.

En el circo odian los hospitales. El obrero cincuentón pensó que le habían roto la cabeza, pero como no vio sangre se tranquilizó y fue a aplicarse hielo. Guardó el mechero y desaparecieron por entre el cortinaje.

Los felinos entraron en la imponente jaula y los rugidos hicieron temblar las rodillas de Frost. Detrás del telón informaron a los domadores que los osos pardos se habían escapado y se fueron a buscarlos, por ende los gatos y el payaso estaban solos.

La audiencia estaba convencida de que todo era parte del espectáculo; los más sensibles se debatían entre reír o huir. Hubo una algarabía de voces agudas, los niños comenzaron a inquietarse cuando los dos tigres acorralaron al león. Los gritos aumentaron y algunos se levantaron para retirarse, pero se quedaron por morbo, querían saber si el león era de verdad el rey de la selva. La batalla duró unos pocos minutos,

luego los animales se separaron para tomar aliento. El león sangraba en una de sus patas delanteras y por el cuello. Los tigres tenían una mirada decidida, pero la del león era de una ferocidad incommensurable. Se lo querían comer vivo, y el sentimiento era recíproco.

Frost repetía una plegaria: «¡Dios, si sobrevivo, te juro que dejo el ron!».

Jimmy Caspa se desmayó antes de poder llamar a la policía. Su traje como de jinete inglés —hecho por una costurera experta en trajes para toreros— resistió bien la caída. Ni una rasgadura, pero la mancha marrón en los cuartos traseros era otra historia.

Frost cruzó la cuerda floja y fue ovacionado. Las bestias reaccionaron rugiendo y avanzando hacia la audiencia hasta que una nueva lucha los distrajo. Frost tomó una pequeña bicicleta oxidada, colgada a un perno del mástil que sostenía la carpa central, la colocó en la cuerda floja y comenzó a pedalear. Las fieras se revolcaban, repartían dentadas y sangraban copiosamente, en medio de su fogosa disputa golpearon la jaula y algo pareció romperse en el mecanismo de seguridad: el enrejado cayó y levantó una polvareda. El Jimmy Caspa soltó una flatulencia inconsciente, la mancha marrón creció. Una vez disipada la nube de polvo uno de los tigres rugió y un silencio espeso ocupó los pulmones en vilo: el miedo se apoderó de las almas de los asistentes. El llanto de los niños desató la histeria colectiva. Algunos padres intentaron calmar a los niños y a sus parejas, otros huyeron en dirección al estacionamiento.

Los felinos se movían despacio, como eligiendo el bocado más fácil, medían los movimientos humanos, olfateaban el aire, lo paladeaban. Parecían indecisos, como extrañando la presencia de los domadores y sus látigos.

Frost lanzó la pequeña bicicleta oxidada sobre el cráneo del león. El animal sacudió la cabeza y miró hacia arriba. Frost sacó del bolsillo una botella de ron y bebió. El león rugió de rabia o dolor, pero los tigres lo tomaron como una afrenta personal. La lucha se reactivó. Gracias a eso la masa informe pudo salir en estampida por la puerta grande. Jimmy Caspa volvió en sí, pero cuando vio la escena y volvió a privarse. El circo quedó desolado, con excepción de las tres combativas fieras, Frost y Jimmy Caspa. Para consuelo del equilibrista, de las sombras aparecieron tres personajes: El lanzador de puñales armado con machetes, un payaso con peluca roja y una AK-47 (que había guardado cuando desertó de la guerrilla y se unió al circo), y la mujer barbuda con

un cinturón de chorizos, que lanzó a los felinos para distraerlos mientras ella les apuntaba con su revólver. Cuando los vio entrar Frost gritó desde las alturas: «¡Y aún faltan 25 años para pensionarme!»

Los recién llegados dejaron caer una lluvia metálica sobre las fieras, que en cuestión de segundos eran despojos. Pasado el eco de los disparos volvió el silencio, podía escucharse la tensión de la cuerda floja bajo los pies de Frost. Un viento frío, de tormenta, entró a la carpa, el payaso de las alturas estuvo a punto de caer.

Afuera, los rezagados de la audiencia se afanaban por salir del estacionamiento.

Adentro, de los trozos de carne emanaba un olor fétido, combinación de hiel, sangre y heces. El payaso ex-guerrillero no pudo evitar vomitar sobre sus grandes zapatos. Vísceras, sangre, huesos, heces y vómito, alfombraban el suelo.

La mujer barbuda recolectó restos tibios de carne exótica y los guardó en bolsas.

Cuando Jimmy Caspa despertó todo estaba silencioso, a oscuras y llovía a cántaros. Nadie se había molestado en despertarlo. Lo primero que hizo fue correr hacia el baño. «El espectáculo finalmente llegó a su fin» pensó, mientras vaciaba sus intestinos. Cuando terminó intentó limpiarse. Tomó fuerzas y gritó: «¡Papel, necesito papel!»

Nadie lo escuchó. No tuvo más remedio que meterse a la ducha.

El ambiente de circo es despiadado, nada se desperdicia. En las fritangas instaladas en el perímetro del circo se vendieron los restos de los animales como embutidos. Con lo obtenido se compró un kit de dardos tranquilizantes.

Bellaquería es peor que la selva, esa semana los mataderos ilegales vendieron la carne de los osos pardos como si fuera de búfalo de agua. De los domadores no se supo nada.

Frost rompió la promesa de no volver a tomar. Por sus acciones heroicas le dieron el equivalente a cien dólares, que gastó esa noche en prostitutas y aguardiente.

A la mañana siguiente, cuando despertó en un burdel junto a un ser desnudo con olor y apariencia porcina, sintió el impulso de abandonar el circo definitivamente. Decidió que le propondría a una de las Amazonas para huir juntos en su caballo y formar una familia. Pero decidió primero ir a ducharse, cambiarse y hacer una pequeña maleta.

Una vez afuera de la casa rodante escuchó ruidos que venían del interior de su cuchitril. Revolvían sus cosas y una voz femenina maldecía. Frost tocó la puerta con fuerza. Unos segundos después escuchó ruido de vidrios rotos, seguido por un sonido seco, como el que hace un coco al chocar contra el suelo. Entró imitando los ruidos y movimientos de Bruce Lee. Su hámster alimentado con comida para perros yacía redondo, con su medio kilo de peso, boca arriba sobre la mesa. El televisor miniatura a blanco y negro humeaba, la nevera estaba abierta y comenzaba a descongelarse. Fue hasta la ventana rota y se asomó, en el piso estaba su amor platónico. Por la postura calculó que debía tener el cuello roto, había caído de cabeza.

«Ahora sí me jodí, nadie me va a creer esto» se dijo. Se sentó en la cama, sacó la última cerveza que quedaba y cerró la puerta del refrigerador con el pie. Contempló el escenario y sus posibilidades. La policía le pediría su versión, y a un payaso alcohólico no le cree ni su madre. Pensó ir donde la mujer barbuda, coger su escopeta, matarla a ella y luego volarse la cabeza él, pero cambió de parecer. Él no era ese tipo de persona.

Optó por desaparecer aprovechando la aglomeración que se formó en torno al cadáver fresco. Como siempre pasa en el mundo del circo, nada se desperdició. Nadie extrañó al payaso borracho o a su amor platónico. Nadie avisó a la policía. El cadáver fue reciclado, vendido como embutidos y con las ganancias se hizo un modesto asado.

II. Golpea y corre³

A las once de la mañana de un día primaveral el calor que emana del pavimento hace que el automóvil en el horizonte parezca un espejismo. Un par de chicas en patines y en pantalones cortos, lucen camisetas estampadas con mensajes provocativos («Cum Closer», «Squeeze or else») que traslucen sus turgentes senos. Patinan y lamen conos de helado. Unos greñudos no pueden contenerse y voltean para ver pasar a las universitarias.

Las calles están mojadas por el aguacero de la madrugada, lo que impide buen agarre de las llantas del Dodge Charger verde oscuro, en su interior va un escuadrón mortal. Franz Vroc va bronceado, casi insolado, lleva el cabello castaño oscuro peinado con gel hacia atrás. Sus ojos color avellana están enrojecidos y van ocultos detrás de unos cristales negros. La afeitada al ras de piel le hace ver más joven, tiene cuarenta años, lleva diez haciendo esto, pero aún le sudan las manos cada vez que tiene un trabajo. Va en el puesto del copiloto. Se coloca sus guantes Forzieri de cuero negro, revisa su arma secundaria, una Desert Eagle calibre .50, verifica que los cargadores de repuesto estén donde deberían. Su arma principal es un fusil AR-15 con silenciador, confirma que los cargadores de reserva estén listos para ser usados. Prueba la mira *laser* contra el techo del vehículo. Sonríe.

Rafferty Arango nació en Corral de Indias. Sus ancestros africanos y árabes parecen salir a la superficie con el reciente bronceado. Lleva puesto un pasamontañas negro sobre la cabeza, a modo de gorro. Usa unos guantes de tiro Leather Trac-pro de Browning con los que sujeta su escopeta preferida, una Smith and Wesson de cañón y culata recortada con cargador para 19 cartuchos. Echa un vistazo a las ataduras de las botas negras Doctor Marten's. Los cordones están asegurados con cinta de tela gris 3M. Desde el asiento posterior le dice a Henry Sabana, el conductor designado, que le suba al aire acondicionado. Henry lo mira por el retrovisor y le dice que está al máximo.

Adentro del vehículo hay un micro clima helado, pero los tres están insolados y los chalecos antibalas les incomodan. Se remueven en sus asientos, la irritación es insoportable. El día anterior a esta misma hora estaban en la piscina de un hotel de

³ Corresponde al arquetipo de El héroe.

Curazao con tres jóvenes prostitutas. Recordaron comprar condones, lentes oscuros y camisas hawaianas, pero olvidaron el bloqueador solar. Despertaron unas horas antes de tomar el avión que los traería a este lugar, insolados y sin dinero en efectivo. Por lo menos las prostitutas tuvieron la decencia de no llevarse las billeteras, los pasaportes o las tarjetas de crédito.

Rafferty, en el asiento posterior, parece al borde de un ataque de ira. Henry Sabana, el conductor designado, se gira para encarar a Rafferty. Se acalora la discusión. Franz se mantiene al margen. Sin mover un músculo Franz resopla resignado, sabe que es un error perder energía en discusiones, piensa en lo que enfrentarán dentro de poco: insolados deberán subir cuatro pisos llevando armas pesadas, cubiertos con pasamontañas para que no los reconozcan, en medio de este el calor infernal.

La discusión cesa al llegar a la puerta del edificio. Franz baja maldiciendo entre dientes. Rafferty sale gruñendo detrás de él. Sufren en silencio. Bajo el pasamontañas *Ghost* de Franz son visibles sus ojos aguados por el dolor y enrojecidos por la furia. La adrenalina aparece para suprimir el dolor en cuanto entran al edificio.

Henry se estaciona a una cuadra del edificio, cerca de la esquina, desde donde tiene un punto de vista privilegiado. Por el radio teléfono informa a sus compañeros que en la ventana del cuarto piso alguien fuma.

Los dos apartamentos del primer piso están habitados por ancianos. Uno de ellos parece no estar en casa, su perro ladra desesperado por la insoportable soledad, el hambre o la sed.

Henry reduce la potencia del aire acondicionado y baja la ventanilla unos centímetros, lo suficiente para que salga el humo de su cigarrillo. Una gorra negra de béisbol le cubre los ojos, y un sudor frío le recorre la piel chamuscada. La pistola 9 mm que esconde bajo la pierna izquierda comienza a enfriarse, lo que le obliga a cambiar de postura. Intenta mantener la calma pero la adrenalina lo complica. Se distrae observando un remolino que eleva periódicos por las calles desoladas del distrito industrial.

En el cuarto piso una mujer sentada junto a la ventana sostiene sobre sus piernas un maletín. Afuera del apartamento esperan dos gorilas albinos con chaquetas de neonazis. La mujer inhala del producto blanco que contiene el maletín. Un tipo con

camisa blanca, sombrero de ala ancha, botas texanas y una placa de la D.E.A colgando en el pecho, espera el veredicto. Detrás de ella, su químico personal asegura que la sustancia es pura en un 97 %. El policía, por deformación profesional, atisba a través de la ventana. Nota el vehículo estacionado en la esquina, con el conductor fumando, pero espera a recibir su pago para dar la alarma, antes de que esto ocurra los gorilas tocan la puerta y gritan: «vienen subiendo dos bandoleros». El policía corre hasta la puerta del apartamento, le coloca un mueble detrás y le ordena a la mujer que se esconda en el baño. La mujer, paranoica, se refugia en la bañera sin soltar el maletín con la droga. Los gorilas albinos toman posiciones y disparan a los visitantes. Franz y Rafferty cruzan disparos con los neonazis, que pocos segundos después caen heridos de gravedad. La escena transcurre enmudecida y en cámara lenta.

Fernando Aguilar, el policía que negoció una fracción mínima del cargamento incautado recientemente, hace parte de un grupo de la D.E.A instalado de manera permanente en Carolina del Sur. Aprovechando el tiroteo subió a la azotea por la escalera de emergencia con el maletín del dinero.

Franz y Rafferty entraron al apartamento, le pegaron un tiro a la mujer y al químico, y tomaron el maletín con la droga.

En la azotea, Fernando Aguilar se pasó las manos por la cabeza rapada, lo que levantó un rocío de sudor. Retrocedió unos pasos y saltó a la azotea del edificio vecino, donde cayó sin problemas, pero el maletín se abrió de golpe y el millón en efectivo quedó a merced del viento. Franz y Rafferty subieron a la azotea y se encontraron en medio de una lluvia de billetes. Aguilar se resguardó y pidió ayuda por radio. En cuanto las sirenas policiales se escucharon en las cercanías por las escaleras de ambos edificios comenzó una carrera hasta la primera planta. Los ladrones con el maletín de la droga entraron al vehículo: «Acelera y piérdete. A ver ese Hemi V8».

Henry aceleró y en un parpadeo desaparecieron de la zona industrial. Fernando Aguilar se asomó a la calle como rata de Manhattan que sale del metro con un trozo de pizza en la boca. Escondió su placa, caminó hasta su vehículo e intentó encenderlo tres veces, pero la maquina no respondió. Bajó del carro, azotó la portezuela, renegó en voz alta, regresó sobre sus pasos e intentó encender el auto de nuevo. Esta vez el motor arrancó. Aguilar aceleró a fondo, una nube de humo negro salió del escape. Aguilar

estaba eufórico, pero a los pocos metros se apagó el cacharro luego de toser unas volutas explosivas. Tomó la radio: «A todas las unidades, un Dodge Charger Verde oscuro, modelo 69- 70, matrícula terminada en 439, acaba de salir de la escena de un crimen múltiple, cerca de la zona industrial. Llevan fusiles. Intenté perseguirlos, pero el vehículo no responde.» Intentó encender el motor una última vez. Bajó, sacó su arma y se contuvo de darle un tiro al motor. Guardó el arma. Hiperventilando, apretando los dientes, pateó la llanta delantera. La incipiente lluvia hizo que los billetes se depositasen en el pavimento, recolectó los que pudo mientras arriban los refuerzos.

Esa misma noche...

El auto de los fugitivos recorrió una carretera secundaria que atravesaba una selva pantanosa. Cruzaron varios puentes, y entraron a una población ganada a la ciénaga.

«Llegaremos antes del amanecer», dijo Franz. Rafferty dormía en posición fetal en el asiento posterior, con la cabeza apoyada en la chaqueta a modo de almohada. Se detuvieron a llenar el tanque de gasolina, estiraron las piernas y usaron el baño para cambiarse de ropa. Al salir, vistiendo una camiseta blanca con cuello triangular, gorra de baseball negra, vaqueros azules y Converse All Star Hight Top, color blanco, Franz entró a la tienda por comida. Atendía un viejo flaco y bien afeitado, detrás de él, una cámara vigilaba la caja registradora. Al fondo del local, dos jóvenes vándalos se lanzan paquetes de golosinas. Frente a la registradora, un tipo con una gorra verde estampada con un tractor amarillo pidió un paquete de cigarrillos y una botella de whisky. Una rubia pechugona los interrumpió para preguntar una dirección. Los vándalos aprovecharon la distracción para meter sus cabezas en los refrigeradores. «Saquen las cabezas de ahí. Y si no van a comprar nada, lárquense o llamo a la policía» les dijo el viejo desde detrás del mostrador, sosteniendo el teléfono. Franz llenó la canasta de alimentos, pagó en efectivo y salió en dirección al estacionamiento.

Henry salió del baño vistiendo ropa deportiva, prosiguió a llenar el tanque y a estacionar en la parte oscura del lote. Esperó con los vidrios cerrados, las luces apagadas, el aire acondicionado al máximo y el motor ronroneando. Franz salió y buscó con la mirada el coche. Henry le hizo cambio de luces. Franz caminó en dirección al

vehículo, subió al puesto del copiloto, colocó las bolsas con la compra entre las piernas. Luego de unos segundos en silencio Henry le pidió una cerveza. Destaparon dos y bebieron. Unos minutos después Rafferty salió del baño vistiendo una bermuda caqui hasta las rodillas, *desert boots* grises de Airwalk, camisa de cuadros negros y una gorra de los piratas de Pittsburg. Llevaba las manos en los bolsillos, intentando parecer apacible, tratando de disimular la sustancia blanca en sus fosas nasales. Buscó el vehículo con la mirada, y al no encontrarlo, se impacientó. «Déjalo que se asuste, que piense que nos fuimos» le dijo Henry a Franz. Lo vieron maldecir, cuando estaba a punto de explotar Henry encendió las luces del auto. Rafferty se acomodó el arma entre el cinto y la zona lumbar. Se acercó al Charger despacio, refunfuñando.

Salieron del estacionamiento despacio y se perdieron sobre la cinta negra enmarcada por la frondosa vegetación.

«Donde James July podremos deshacernos del auto y vender una parte de esto» dijo Franz a Henry, que tenía todos sus sentidos enfocados en no chocar y hundirse en el pantano. Rafferty permaneció anonadado por la vertiginosa velocidad a la que atravesaron la carretera sinuosa en medio de aquella oscuridad insondable.

Llegaron a casa de James con las luces del alba. En el zaguán de la casa los esperaba sus anfitriones, que les hicieron señas para que estacionasen bajo los árboles de caucho. «Tiempo sin verlos» dijo James, quien procedió a presentarles a su cuarta esposa, Dixie.

La casa olía a cigarrillos y whisky. Por la ventana de la cocina podía verse la corriente de agua pardusca, la bruma del pantano comenzaba a desprenderse perezosa de la tierra, de los márgenes del río y de las copas de los árboles.

Dixie avivó el fuego de la chimenea antes de dirigirse a la cocina para preparar un desayuno opíparo. Los hombres se sentaron en torno a mesa de la cocina. Ante la solicitud que hizo Henry de conseguir otro automóvil, James respondió: «tengo algo mejor». Les propuso deshacerse del auto en una saliente rocosa cercana y para ser más enfático, los invitó al patio cubierto de pasto alto. En el pequeño puerto de madera encontraron una lancha de motor, un aerodeslizador, un bote pequeño también a motor, y un velero con la lona recogida. Señaló los botes y les dijo: «Eso es mejor que un automóvil. En el pantano las persecuciones se complican. Pero antes, comeremos y

dormiremos. Estos terrenos son hostiles y van a necesitar mucha energía.»

Luego del desayuno sureño —carne de caimán y bagre, todo apanado y frito— se deshicieron del Dodge Charger. Un par de horas después regresan levantando una polvareda amarilla con la camioneta de James. Tomaron una larga siesta, despertaron al atardecer.

Oficina Antinarcoáticos, Carolina del Sur

La oficina estaba iluminada por luces neón que le daban una apariencia de morgue. Fernando Aguilar miraba el archivo de criminales requeridos por la justicia. Sumaba 23 horas sin dormir, pero con la ingesta frecuente de café disimulaba bien su adicción al Adderall.

El teléfono repicó, era una información sobre el caso. La última vez que vieron el vehículo estaba a mil quinientos kilómetros en dirección sureste, camino a los pantanos. Preguntó por qué no le dieron la información de inmediato. Respondieron que el anuncio nunca se hizo público a las dependencias de los estados cercanos. Fernando Aguilar anotó unos datos en su libreta, solicitó a su interlocutor que le informasen cualquier novedad, y salió del edificio en dirección al helipuerto, en la azotea de la comisaría.

Hora de moverse

Franz, Rafferty y Henry estaban listos para sobrevivir en el pantano. Subieron al aerodeslizador, donde había cinco galones de gasolina. Todos llevan audífonos de aviación, Rafferty piloteaba, Henry iba sentado en primera fila, abrazando el maletín. Franz iba en el asiento del medio, con una Magnum enfundada a la altura de la cintura, con el único propósito de matar caimanes. Odiaba a esos reptiles más que a la policía. Todo lo proporcionado por James les costó un kilo de polvo blanco. Otros dos fueron intercambiados por dinero en efectivo. Guardaron el último para su uso personal. Zarparon entre árboles podridos y sauces llorones.

Procedimientos oficiales

Fernando Aguilar tomó un helicóptero hasta el campo de béisbol de la escuela

primaria Mark Twain, en Carolina del Norte. En el camino se comunicó con la delegación encargada de la persecución aérea:

—054, la ayuda aérea que le prometimos no podrá ir a buscarlo a lugar acordado, el helicóptero disponible sufrió una avería mientras despegaba. Una bandada de gansos migratorios fue a dar contra las hélices del aparato, tenemos la estación pintada de rojo y el helicóptero está fuera de servicio; le pedimos que desista de esta persecución. Si decide continuar, hemos dispuesto patrullas en todas las fronteras terrestres del estado, también podríamos facilitarle un vehículo oficial para su uso.

—Entendido. Seguiré la persecución por tierra, por favor informen a los colegas de que necesitaré un vehículo en el helipuerto al que me dirijo.

III. El idealismo no sirve para una mierda⁴

Romance y bohemia ocupaban el tiempo de ocio en aquellos días idílicos. Las noches las dedicábamos a prometernos imposibles y a saborear el sudor de nuestros cuerpos. Durante el día yo trabajaba como publicista y ella administraba un hotel de cinco estrellas. El resto del tiempo pasaba inmerso en el limbo de las ideas, construyendo un laberinto infinito que me proponía construir siguiendo el ejemplo de «El libro de arena» de Borges.

Iniciaba la mañana con un cigarrillo y un café, porque así lo dictaba el canon literario. Desde temprano los malos olores de las calles del centro entraban por el balcón, así como los ruidos de los vehículos del transporte público y las voces de los vendedores informales que ofrecían desde calzoncillos hasta navajas. Evitábamos asomarnos al balcón para no deprimirnos con los inamovibles buitres y palomas que anidaban en los techos de los edificios circundantes.

Recién mudados, cuando decidimos vivir juntos, disfrutaba verla despertar, semidesnuda, con su pijama favorito: camisilla y bragas. Me gustaba contemplarla desde el balcón, mientras me fumaba el primer cigarrillo del día. Era una agradable y sencilla vida. Teníamos para comprar libros, comida, nos alcanzaba para pagar la renta y los servicios, y lo más importante, nos teníamos el uno al otro. Entre semana salíamos a las cinco de la tarde y teníamos el domingo enteramente para nosotros, o por lo menos así fue al principio.

Vivíamos tranquilos hasta esa mañana con vientos huracanados. En las calles los peatones y de los vendedores informales buscaban refugio como cucarachas despavoridas. En vista de que sería imposible fumar el cigarro habitual decidí tomar primero el café. Mientras lo bebía en silencio, sentado en la cocina, mis neuronas comprendieron de algo que había pasado desapercibido, el *boxer* de caritas felices con el que mi pareja dormía hace unas semanas no era sólo una prenda de vestir, era una declaración. Ocultaba sus nalgas, lo que subrayaba un novedoso pudor. Ese día, entre la falta de humo, la lluvia torrencial, el café sin leche ni azúcar y el ruido enmudecido de la calle, comprendí que nuestra historia había terminado. Desayunamos en silencio. La

⁴ Corresponde al arquetipo del romántico idealista.

veía con otros ojos, con los que ella venía usando desde hace unas semanas. Ella lo comprendió, después de tomarse lentamente su jugo de naranja, sin mirarme dijo: «Me voy. Estoy harta del humo, de la somnolencia y de tu idealismo».

A pesar de que había vislumbrado la inminente ruptura, sus palabras me derrumbaron el mundo.

Dijo que hablaríamos en la tarde y se metió a la ducha. Cuando salió para el trabajo, yo seguía sentado, rumiando una tostada con mantequilla. La miré sin poder articular palabra alguna. Me sentí peor cuando cerró la puerta, porque no hice nada para detenerla. La verdad era que no tenía interés en conservarla. Estaba siendo práctico, esa derrota era, en el fondo, un alivio. Era lo que tenía que pasar.

Lo que había sido un período de alta productividad de tres años se vino al suelo en veinte segundos. Antes había vivido etapas oscuras, pero esta se convertiría en la más prolongada, pero en ese momento aún no lo sabía, así que por inercia tomé una ducha y me fui a trabajar. Ese fue el otro error. En la agencia no les gustó que llevara la preocupación al trabajo, el jefe se quería subir por las paredes cuando le dije que había olvidado la presentación del proyecto que tenía programada para ese día: «Termina el folleto que pidió la Presidencia de la República, nos exigieron que entregásemos hoy a la imprenta lo que tuviéramos. Eres un inútil. ¡Tres semanas esperando este día y ahora sales con excusas!»

Me senté frente al computador y terminé el trabajo en veinte minutos. Lo envié a la imprenta y me fui a almorzar, a tomarme unas merecidas cervezas. Era viernes y día de pago, así que me lo tomé a la ligera. Otro día menos, pensé. A eso de las nueve llegué al apartamento vacío. Decidí ver películas de vaqueros bebiendo ron con Coca-Cola.

A las siete de la mañana del día siguiente, sábado, me despertó la llamada del jefe: «Estás despedido. ¿Cómo se te ocurrió hacer tremenda estupidez?»

Me levanté. Desayuné huevos con tocino. Medité sobre el despido, decidí que era lo mejor. La próxima vez que quieran tratar mal a un empleado recordarán mi nombre. El folleto decía lo siguiente: «El caudillo Urbain Beleño y millones de sus fanáticos intolerantes los invitan a recorrer el país, de cabo a rabo, sin trabas ni locuras, custodiados por el ejército, la policía, la naval, los agentes secretos, la D.E.A, la Cruz

Roja, la Defensa Civil, los bomberos, los paramilitares, las guerrillas y los mafiosos. Este es un país para disfrutar, siempre que traigan tarjetas de crédito, Dólares o Euros.»

Perdí las siguientes horas viendo *El pájaro loco*, *The A-Team* y *Chappelle's show*. Al medio día comencé con el ron y jugo de naranja. A las tres estaba borracho. Dormí hasta las cinco de la tarde, comí un emparedado de atún y salí hacia la oficina.

Dos millones de folletos ofendiendo al presidente de un narco-estado eran una sentencia de muerte. El jefe me vio entrar a la oficina de recursos humanos, cuando salí con el cheque en el bolsillo, me gritó: «El turismo no es un paseo, cabeza de chorlito.»

Seguí camino a la puerta, pensando qué sería un chorlito. ¿Sería un ave o un insecto? Una engrapadora voladora me golpeó en la cabeza, interrumpiendo la reflexión. Lo que siguió sigue estando borroso. Intenté acertarle con un computador portátil que lancé a modo de *freesbee*. Hubo golpes de parte y parte. Aunque el jefe practicaba Tae-bo —un simulacro de arte marcial— con un empujón logré hacerlo retroceder, tambaleándose tropezó con el escritorio, dio una voltereta aparatosa antes de romper la pecera de 100 litros en la que tenía su colección de peces león.

Es lo último que recuerdo. Supongo que alguien me golpeó en la nuca con algo contundente. Al despertar, a duras penas pude abrir los ojos. La cabeza latía como un bombo. No sé cómo llegué al apartamento, pero cuando el timbre sonó me descubrí boca abajo, en el sofá de la sala. Al levantarme perdí el equilibrio y me fui de cabeza contra la mesita que estaba frente al televisor. Levanté la mirada en dirección a la puerta y ahí estaba ella. Yo sangraba por mil cortaduras, pero aun así sonreí como un idiota.

Ella miró el estado del apartamento con ojo clínico. Intenté levantarme con dignidad, pero lo único que logré fue revolcarme en los vidrios rotos. Me preguntó por qué tenía un golpe en la nuca. Lo dijo tan cerca que pude oler el aroma de su cabello y la fragancia de su crema humectante. Había pasado algo más de una semana desde el día de la ruptura, o eso dijo ella, lo que me inquietó aún más, porque de ser cierto eso llevaba varios días ahí tirado.

Volví a sentarme en el sillón. En la televisión un explorador francés le daba un mordisco a una lagartija. Intenté levantarme para vomitar, pero no pude. Vomité sobre sus zapaticos cubiertos de escarcha roja, que hacían juego con las uñas y la camisa.

Curó mis heridas, al finalizar me pidió que no siguiera así, que no me hiciera mas daño, que ya encontraría a otra.

No pude evitar pensar en ella desnuda y tuve una erección.

—Creo que me corté por aquí abajo —le dije, ella sonrió. Cerré los ojos. Me sobresalté cuando gritó:

—Despierta, bobo. Me voy. Deja de hacerte el sufrido y madura.

La mejor parte había sido un sueño, la peor parte era real. Me había remendado de mala gana, parecía un enfermo de la unidad de quemados, o la momia de una película cutre. Antes de irse, antes de cerrar la puerta soltó:

—Te dejo por idealista, pendejo.

Adiós ricura caribeña, pensé.

A partir de ese día la decadencia se instaló en mi vida. Sin ánimos para buscar otro trabajo las cuentas consumieron los ahorros en cuestión de meses. Eventualmente me cortaron la luz, el agua, el internet y el gas, como no podía cocinar pasé a la dieta de enlatados, galletas de soda y fritos callejeros. Empeñé los electrodomésticos y pude comprar unos botellones de agua.

Un par de semanas después tuve que mudarme, el saldo del arriendo alcanzó una cifra difícil de pagar. La vida en esta ciudad calurosa y caótica se vuelve insoportable sin las pequeñas comodidades de la vida moderna. Como no hay buenos trabajos, la gente de las provincia y de los barrios populares se vende por cualquier sueldo miserable. La que antes fue una ciudad cosmopolita es hoy una urbe con mentalidad de provincia, infestada de muertos de hambre.

Por eso preferí buscar nuevos horizontes en el municipio de Tubará, donde encontré un puesto como profesor de escuela. Me contrataron para espantar los buitres que bajaban todos los días a quitarles la merienda a los niños. Unos meses después, tras haber exterminado el problema, me gané el afecto del profesorado y de los estudiantes.

La vida varía mucho más que nuestra fisionomía. Dejé el egocéntrico mundo de la publicidad por este colegio rural, donde los niños comen mejor que en la ciudad, pero en unas condiciones socioculturales más precarias: viven como en la edad media, creen en ángeles y demonios, en brujas y duendes, no conocen el significado de la palabra feminismo y suponen que la lectura es una costumbre de afeminados.

Hice buenas migas con la profesora de sociales y artes plásticas. Una mulata de rasgos indígenas que es dulce, serena y cariñosa de día, y fogosa durante la noche. Ahora me obsesiono con ella. Ella quiere tres hijos, yo la quiero a ella.

Entendí que el idealismo es inútil, nada práctico. La vida, me doy cuenta ahora, es un proceso natural de creación y destrucción, un proceso cíclico en el que morimos de a poco, en el que dejamos algo atrás para ser versiones más ligeras de nosotros mismos. Al final nos vamos, no importa cuántas reglas inventemos contra esa verdad. Hacemos lo que podemos, y luego de muertos nace otro y repite el ciclo.

Nunca se sabe lo que pasará, lo único seguro es el final, por eso es bueno tomar riesgos. El mundo no para de girar, hay que seguir su ejemplo. En un mes terminan las clases y abandonaré el colegio, deseo abrir el primer gimnasio y la primera tienda de suplementos alimenticios del municipio.

IV. Tardes sin parques⁵

Don Fulgencio Martínez declara frente a los jueces encargados de su caso. La demandante es la señora Magali Rodríguez, vecina de toda la vida y amiga personal de su difunta esposa.

Don Fulgencio es encontrado culpable, pero por ser de la tercera edad le permiten escoger entre pagar una multa severa —veinte salarios mínimos—o pasar seis meses recluido en su propia casa. El caso se basa en un hecho observado por Magali Rodríguez, de 66 años, quien asegura que el señor «permitió que su perro defecara en el jardín». Asegura haber visto todo desde el balcón del segundo piso: «le reclamé y él me ignoró. Me embarró el jardín y luego se hizo el loco». Don Fulgencio rectificó diciendo tener mal oído: «además, señora, fue sólo un poco de mierda de chihuahua.»

La respuesta enfureció a la señora. Lo llamó «Viejo grosero e irresponsable».

Aquella fatídica tarde las autoridades habían llegado a la casa de Don Fulgencio con las armas desenfundadas. Casi le tumban la puerta a patadas. Los vagos del barrio, curiosos, ruidosos y chismosos, no demoraron en congregarse. Fueron testigos del arresto del perro y de la citación que le fue entregada a don Fulgencio, en ella se especificaba que tenía 48 horas para presentar su declaración en el centro de conciliación. Desde entonces el señor vivía tenso, al borde del colapso nervioso, preocupado, sobre todo, por la suerte de Donald, su enfermizo chihuahua, por lo que su respuesta explosiva era más que lógica.

—Viejo sí, grosero no, irresponsable menos. Si existiera un parque cerca lo llevaría ahí, pero como en esta ciudad no piensan en el aire puro ni en el tranquilo esparcimiento, pues me tocó dejar que el pobre animalito hiciera sus necesidades en su jardín.

—Pero, ¿en el mío?

—Señora ¿y cómo hago?, ¿le pongo un corcho?

—No me importa lo que haga, siempre que no sea en mi jardín. Repárelo, pague la multa.

⁵ Corresponde al arquetipo de El sabio.

—Maldita sea, yo sólo quería distraerme... pasear el perro un rato. Sentarme en una banca y dejar que el perrito corriera libre.

—Señor, usted no vive en Nueva York. Acá los animales no tienen derechos. La próxima vez quédese en la casa y camine al perro en su patio— dijo el juez.

— ¿Y cuándo podré arreglar mi jardín?

—Primero el señor debe pagar la multa, aquí tiene el número de cuenta y el valor —el juez extendió un trozo de papel con unos garabatos escritos con tinta roja—, de ese valor le descontamos nuestros honorarios, y de lo que queda se le consigna en su cuenta el valor correspondiente a una saco de abono.

—Oiga, ¿cómo así que «sus honorarios»? su sueldo se paga con nuestros impuestos.

—Señora, esto es adicional. Calcule el tiempo y la gasolina invertidos en movilizarnos para hacer el croquis del lugar de los hechos, tenga en cuenta el número de agentes que participaron en la operación. Le dimos prioridad a su caso.

—Señor juez, ¿cómo hacemos para que esto se resuelva rápido? —intervino don Fulgencio.

—Sea creativo. A usted le gustan los parques, se nota que es una persona reflexiva —lo dijo un agente que hasta el momento había presenciado la declaración desde el fondo del recinto, con las manos metidas en los bolsillos, donde manoseaba un par de billetes y unas monedas.

El juez leyó su veredicto sin levantar la voz: «A Don Fulgencio Martínez le queda terminantemente prohibido comprar otro perro. El perro infractor será sacrificado con el método de “inanición asistida”».

El poco público que asistió al juicio abucheó al juez, lo que les hizo merecedores de la expulsión del recinto.

Poco tiempo después la señora Magali tuvo un nieto, Fantasio, un niño de felinos ojos amarillos y pelo como esponja para limpiar ollas. De bebé desarrolló el hábito de orinar en el jardín, de adolescente desarrolló el fetiche de usar el tanque elevado de la casa como retrete. Algunos vecinos decían que el niño era la reencarnación de Donald, otros, que estaba poseído por un demonio juguetero.

Don Fulgencio se negó a pagar la multa y asumió su encierro con resignación, tuvo un infarto mientras dormía, en la última noche de sus 6 meses de condena.

El caso de Magali y Fulgencio fue tan bizarro que trascendió los límites de la apatía e indiferencia habituales en esta ciudad de provincia. El final trágico inspiró al ministro de cultura, un antiguo nadaísta, a invertir en la creación de áreas exclusivas para pasear perros, las llamadas: *Sin-caga-rutas*.

El modelo fue tan exitoso que se exportó a otras ciudades de Latinoamérica, donde recoger mierda con la mano cubierta con una bolsa sigue siendo algo impensable.

V. Otro borracho que no puede olvidar⁶

El ferrocarril está lleno. Voy de pie, intento enfocar la mirada nublada por el alcohol. Me esfuerzo por ordenar las ideas. ¿Esas huellas humanas son reales? Y si lo son, ¿por qué se mueven? ¿Son las huellas de aquella pareja de cuarentones que apestan a ginebra? Él está cansado pero sonrío, viste traje hecho a la medida, corbata de seda y zapatos italianos.

Ella tiene la piel reseca, los labios cuarteados, rojizo el contorno de los ojos. Ríe nerviosamente dejando ver unos dientes amarillentos. De las manos huesudas y pálidas sobresalen venas azules, tiembla como una hoja a punto de ser desprendida por el viento otoñal, como la mano del fumador crónico cuando necesita otro cigarro. Ella sabe que cuando él y su sonrisa bajen del vagón quedará sola de nuevo. Mientras él habla mostrando sus dientes blanqueados ella lo mira asustada, con ojos enternecidos, dispuesta a todo con tal de no quedarse a solas con sus demonios.

El cuerpo humano es un misterio de la física: frágil y resistente a la vez. El tipo con su bigotito negro y afeitado al ras baja en la estación de Sant Gervasi, probablemente camino a su esposa e hijos.

Los pensamientos me llevan a recordar a una mujer que amé hace tanto que parece la historia de otro. Oigo su risa, recuerdo las palabras secretas que le murmuraba en la intimidad. Vienen imágenes cargadas de sensaciones: los cuerpos que se atraen y se acomodan, piel con piel, sus entrañas rodeando el miembro latente, la cálida humedad bañándonos el sexo.

Oigo el nombre de mi estación, vuelvo a la realidad de ebrio nostálgico que intenta olvidar. Al subir a la calle miro alrededor, el viento de la madrugada quema la piel. El alcohol hace soportable el frío, pero el estómago pide comida. Entro al edificio donde vivo, en el momento que abro la puerta del minúsculo ascensor se cuelan la pareja de lesbianas del 402. Nos apretujamos en el diminuto elevador del siglo diecinueve. Hablan en catalán, pero me es imposible seguir su conversación, solo deseo

⁶ Corresponde al arquetipo de La sombra, o la fuerza destructiva de la naturaleza humana.

llegar pronto al baño, que en ese momento imagino como un santuario para mis plegarias.

Luego de volcar la confusión en la porcelana, voy al escritorio y enciendo el computador —que se conecta automáticamente al Internet inalámbrico de algún vecino— y me voy a la nevera a buscar sobras del almuerzo. Con el estómago entretenido diluyendo alimentos me dedico a buscar pelirrojas en los portales pornográficos.

Pasado un rato la encuentro. Una diosa delicada y obscena de labios rosados, cabello rojo hasta la altura de las orejas, ojos verdes, entre sus piernas una orquídea húmeda cubierta de bello incandescente. La imagino moviéndose levemente por efecto del alcohol. Las del 402 inician su rutina sexual. Comienza la escalada orgásmica y aprovechó sus gritos para hacer real mi fantasía.

Cuando el silencio vuelve a ocuparlo todo pienso en las formas de la muerte, si lleva una hoz y una sotana negra rellena de huesos movidos por una fuerza absoluta. ¿Dónde estará en estos momentos, cuando el silencio lo es todo? ¿Sobre el edificio donde vivo? ¿En el ferrocarril, acompañando a la adicta en el momento que unos neonazis suben al vagón? ¿En el cuarto de las vecinas, cuando el consolador electrocuta a una de ellas? ¿O en las manos suaves y el sexo complaciente de nuestros amores de turno?

VI. Centro comunitario Ratzinger⁷

El comunicado de prensa que llegó al Canal Escorpión (así se llama nuestro canal de Youtube; en aquel entonces contaba con 12.000 seguidores) anunciaba la creación de un centro comunitario de última tecnología, pagado integralmente por la Arquidiócesis de Bellaquería. Lo vendían como el primero en su tipo. Solicitamos las escarapelas de inmediato, y el día en cuestión, acudimos con puntualidad.

La edificación era un rectángulo blanco sobre el pico de un monte, lo que le daba la apariencia de monasterio. Para coronar la montaña recorrimos una carretera musicalizada por el canto colectivo de los insectos, lo que le daba un cariz lúgubre y nos producía una sensación de desamparo.

La fachada del centro comunitario estaba terminada, pero la parte posterior estaba a medio construir. Los enviados por los medios tradicionales evitaron detallar la edificación, prefirieron socializar con las meseras que ofrecían cerveza en copas de champaña. Los periodistas engullían las ofrendas como refugiados famélicos y pordioseros deshidratados, las montañas de canapés desaparecieron en un santiamén. Los organizadores observaban el espectáculo desde la refrigerada zona V.I.P.

Al Monseñor le gustaba hacerse esperar, pero los niños pobres que habían procurado para las fotos eran impacientes. Embutidos en uniformes de poliéster y zapatos de cuero sintético, los veinte niños fueron traídos desde el otro lado de la ciudad en un bus alquilado. Antes de bajar les hicieron repetir en coro: «Soy un buen muchacho, obedeceré a la Hermana Ramira y no mendigaré por comida.» Pero en cuanto vieron el parque infantil construido en la plazoleta, junto al centro comunitario, los niños olvidaron lo que acababan de repetir como loros. Los que reprimieron el impulso permanecieron junto a la rolliza maestra de carácter agrio y pelo teñido de anaranjado, que fingió una sonrisa y permitió a los niños obedientes se sumaran a los otros que corrían en dirección al parque. En cuanto los organizadores vieron correr a los niños hacia la trampa mortal ordenaron respuesta inmediata a la policía militar, encargada de la seguridad del evento. El súbito despliegue de niños y uniformados llamó la atención de los periodistas, unos tomaron fotos, otros comenzaron a hacerse

⁷ Corresponde al arquetipo de El protector.

preguntas. El resto siguió masticando y bebiendo. Dos ebrios vomitaron detrás de unos arbustos, ante las miradas recriminatorias cambiaron de semblante y simularon tomar notas.

En la fachada del centro comunitario unos escoltas impedían el paso, así que optamos por rodear el edificio. Ahí encontramos a tres médicos militares que curaban cortaduras de cinco de los niños que un rato atrás corrían en dirección al parque. Al verse confrontados con la cámara de video confesaron que «en el fondo de la piscina de bolas estaban los desechos de la construcción: restos de cristales, varillas y escombros. No tuvimos tiempo a esconderlos en otro lado.»

Los reporteros de la Agencia de Noticias Latinoamericanas se acercaron a los niños, les preguntaron lo que sentían. Su camarógrafo hizo tomas en primer plano y en contrapicado. Mientras grabada, el camarógrafo hablaba por teléfono con la editora editora: «busca una música inquietante. Sí, pobre gente, pobre gente. Te mando el material en unos minutos».

Oímos gritos ahogados que provenían del segundo piso de la construcción, así que dejamos atrás a los colegas. Antes de entrar, en lo que vendría a ser el patio del centro comunitario, encontramos unos niños sentados en cajas de tomates frente a un televisor. En sus caras era evidente la desnutrición: cabezas voluminosas, delgadez extrema, ojos inmensos, bocas reseca, ojeras profundas. Sumidos en un trance, sin parpadear, miraban y repetían obnubilados los mensajes que aparecían en la pantalla: «*Gehenna Igniis*», «*Silenzium Incarnatus*», «*Locus Tenebrarum*», «*Furor Domini*», «*Memento Mori*» Intentamos hablar con ellos, pero un par de mujeres despeinadas salidas de unos matorrales lo impidieron. Detrás de ellas vinieron dos soldados uniformados con camuflados para el desierto que nos pidieron identificaciones; las mujeres aprovecharon para apagar el televisor. Les enseñamos los pases de prensa y los interrogamos frente a las cámaras. Para evitar comprometerse con una declaración inoportuna nos dijeron que entrásemos al centro comunitario y lo viésemos con nuestros propios ojos. Desde el interior, a través de las puertas de cristal oscuro del primer piso, vimos frente al edificio a los periodistas que seguían comiendo y bebiendo mientras esperaban al representante de la Iglesia que daría el discurso inaugural.

Las imágenes de los niños cortados, sus miradas de miedo y desconcierto, me impelían a encontrar culpables. Subimos las escaleras que conducían al segundo piso. En una sala de espera, donde se suponía estarían los jóvenes con problemas psicológicos, encontramos a cinco malandros menores de edad que consumían drogas y alcohol. Dos lanzaban dardos contra una diana colgada en la pared, los demás ni se mosquearon cuándo nos vieron.

Nuestro camarógrafo rompió el hielo pidiendo unas rayas, argumentando que el trabajo es duro, mal pagado y aburrido. Los drogadictos parecieron comprenderlo. Nuestro camarógrafo llevaba siempre su equipo con una cinta negra sobre la luz roja, así que grabó y transmitió en directo sin que lo notaran.

Entre los bravucones había uno flaco, pálido, que saltaba de una idea a otra. Él lo contó todo. La idea era quemar el edificio después de acabada la fiesta. La construcción estaba asegurada por el triple de su valor real. Como pago les habían dado tres millones a cada uno, y para compartir, una onza de coca y tres botellas de ron. Al fondo del recinto vimos los barriles de pólvora y los galones de gasolina.

Afuera se oyeron aplausos, lo que me hizo saltar del asiento, pero nadie más se mosqueó. Afuera, los políticos y jefes de la Iglesia se relamían la plata que pagaría el seguro. Los periodistas aplaudían para afanar al Monseñor. Al paso que iban estarían todos borrachos cuando hiciera presencia.

Sin saber qué hacer, me dediqué a caminar frente a la ventana, en esas estaba cuando una puerta se abrió y de la oscura habitación surgió una figura con traje ceremonial blanco, era el representante nacional de la que fue en algún momento la religión más poderosa del mundo. Llevaba de la mano a un niño cabizbajo. El perverso discípulo de la ambición terrenal pidió explicaciones cuándo vio la cámara de video.

—Somos del Canal Escorpión, corruptor de menores. Vinimos a suministrarte una dosis de la ponzoñosa realidad, que es la filosofía de nuestra empresa. En este preciso momento estamos transmitiendo en directo por nuestro canal de *Youtube*, así que no intente nada, sólo agregarían más delitos a su lista de crímenes del día de hoy.

El santurrón quedó pálido como una estatua de mármol. El niño cabizbajo se soltó de la mano del prelado y fue hasta la mesa, tomó con disimulo una pequeña navaja. Lo siguiente ocurrió en un pestañeo. Afuera sonaron las sirenas de las patrullas

de la policía, el niño envalentonado se acercó sigilosamente al representante del demonio, mientras los malandros corrían despavoridos. La cámara captó las cuchilladas sobre el cuello del abusador. La investidura fue purificada.

Antes de escapar, uno de los últimos drogadictos en salir del edificio, encendió la mecha de uno de los barriles de pólvora. La explosión dejó seis heridos, ninguno era menor de edad.

VII. Tristeza, soledad y rock and roll⁸

Poetas malditos.

Ya no se lee como antes, eso dicen las encuestas. Y no es que antes se leyera demasiado, es que las generaciones anteriores tenían menos distracciones audiovisuales. Además, los filósofos y literatos tienden a estar más preocupados en producir lecturas ajustadas al canon, para recibir buenas críticas de sus pares, y poder así dejar atrás el triste anonimato. Sólo los escritores principiantes piensan en los jóvenes lectores. De ahí los jóvenes leen cada vez menos, y por eso también siguen los modelos de conducta promovidos por los artistas del espectáculo que ocupan las pantallas de sus dispositivos electrónicos. Son su mercado ideal, hay una identificación mutua. El libertinaje se vende como sucedáneo de la libertad a la que no tienen acceso los jóvenes, y los excesos se muestran como fuente máxima de creatividad e inspiración. Las vidas de esos artistas representan la búsqueda de sentido de los jóvenes rebeldes e insatisfechos, lo que crea una ligazón con su público. Además, los medios audiovisuales son ideales para los jóvenes, en su mayoría apáticos al estudio, a la reflexión, al trabajo intelectual. Los jóvenes tienden a ser impacientes e impulsivos.

Los poetas actuales nada contra la corriente, deben recurrir cada vez a mayores histrionismos para cautivar a un público inclinado hacia artistas urbanos que generan euforia usando el lenguaje de manera mediocre. Unos lo aprovechan mejor que otros, conservando la dignidad de introvertidos que no requieren voces de aliento, mientras que otros se ganan la vida ofreciéndose como fenómenos de circo. En muchos casos, y medida que los medios audiovisuales encumbran a extrovertidos insípidos, el éxito de los poetas depende de capacidad de proyectar su ego y de adaptarse a las ocurrences hibridaciones de las tendencias del mercado y de los caprichos de los productores musicales. Los artistas de hoy actúan como famosos antes de serlo, algunos sin tener el talento para serlo.

⁸ Corresponde al arquetipo de El fauno, figura juguetona que incita al ocio y los vicios.

El fauno.

La música acompaña al artista que incita a una libertad sin compromisos. Él es un dínamo y las fanáticas son la energía que él genera. «Drogas, sexo y rock and roll» es el eslogan oficial. La fama va ligada a ese tema desde que los poetas griegos se perdían en disertaciones que desencadenaban en orgías y bacanales. Los narcisistas urbanos que combinan lenguaje y música también caen en ese lugar común, como dicen: «la carne es blanda». La fuerza de voluntad no es su mayor atributo.

Plano Leone.

Haul toma un sorbo de su trago. Está al fondo del bar «Penumbras». Lo acompañan tres mujeres y dos de los integrantes de su banda. Beben lo mismo que Lemmy Kilmister y Duke Nukem: Jack Daniel's y Coca Cola.

Haul observa más allá de las apariencias, ese es su poder, ve cosas que los demás se niegan a ver, por eso él canta, es un trovador que observa y comenta a viva voz. Él sabe que esas jóvenes no pueden ser felices, están ahí por el ambiente sombrío, por las drogas gratuitas, por las sonrisas lisonjeras y el trato amable que no reciben en casa. Él lo sabe y lo entristece, pero evita pensarlo a fondo. Usarse mutuamente no le genera conflicto, él sabe que la vida nos utiliza a todos. Para evitar mal *karma* trata bien a todo el mundo, especialmente a los que manipula.

El ambiente promete. Llega otro par de mujeres jóvenes buscando diversión para olvidar las angustias del hogar. Una orgía sería lo ideal. Haul va al baño a aspirar medio gramo con ayuda de una llave, al regresar encuentra que las mujeres ocupan su puesto. Es media noche, el cuerpo es joven, aún falta mucho para que llegue la factura por sus excesos. Tiene 25 años, un metro ochenta de alto, noventa kilos de peso. Drogadictas lujuriosas lo acosan a donde vaya. No puede quejarse. Vive en Bogotá, pasa temporadas en París, Nueva York, Miami, pero regresa cada año a Bellaquería a pasar navidad. El clima templado, la familia materna, y las drogas baratas, son los motivos principales.

Vía al mar.

Acaban la botella y deciden moverse. El carro no lo manejará él, para eso, entre otras cosas, tiene un guardaespaldas. Siguen con la ingesta de sustancias mientras se

dirigen a las afueras de la ciudad, donde se reunirán con músicos trasnochados de múltiples bandas de rock de la ciudad. Llegan elevados, con las miradas extraviadas y los ojos enrojecidos. Las mujeres, borrachas de sustancias, entrelazadas, amagan con caerse.

Los rockeros improvisan canciones de blues hasta el amanecer. Los asistentes se sienten privilegiado de haber podido ser testigo de aquella alineación de ensueño.

Volando a ultramar

Es medio día y el vuelo sale a las seis. Haul está drogado hasta la médula, pero a gusto. Sale al balcón a fumar el último cigarro de «punto rojo». Una mujer desconocida yace en la cama medio envuelta en las sábanas. En la piscina del hotel está el resto de la banda sosteniéndose del borde de la piscina con los codos. Detrás de los lentes oscuros sus cerebros intentan aterrizar lo suficiente para entablar conversaciones coherentes. El éxtasis controla sus sistemas nerviosos; sus mandíbulas siguen bloqueadas.

«La vida parece un álbum en *loop*». La mente le pide asiento para divagar sobre la idea. «Casi treinta años/ 30 chicas al mes/ 12 meses que se repiten/ en un futuro similar al ayer/ la vida es muerte/ y cuando mueres escuchas/ tu álbum en *loop*/ soy el de siempre/ el de nunca antes/ enfermo sin remedio/ de loca pasión/ ¡*Hauling the World!*». Lo cantó, repitió partes probando diferentes tonos. Pronunció la última frase con un grito desgarrador que se oyó hasta la piscina y despertó a la mujer de la cama.

Repitió el acto de sublimación para no olvidar la estrofa. Miró el cigarro antes de la última calada como despidiéndose de un ser querido. La mujer anónima desapareció con la cocaína mientras él tomaba una ducha.

El vuelo salió puntual. Sin quitarse los lentes oscuros subió al avión. La cápsula anaranjada hizo efecto mientras se acomodaba en un asiento que pareció transformarse en un sillón. Luego de 10 horas de limbo saldrá algún verso, alguna frase, alguna idea para el nuevo álbum. Así atravesó el Atlántico, deseando experimentar una cultura incomparable con la mediocre Bellaquería.

Cuando cierra los ojos imagina una turba de drogadictos que corea: «*!Hauling the World straight to Hell!*»

VIII. Santa Marta⁹

Hace cincuenta años, antes de que construyeran este barrio, la bahía era un paraíso, pero desde que los narcos comenzaron a edificar para demostrar su poderío parece una postal de Cancún. Más de cinco generaciones de negociantes y turistas han pasado por este poblado sin alcantarillado que vierte sus desechos en una bahía de ensueño. El lugar es caluroso durante el día, en la noche baja niebla de las faldas de la Sierra Nevada. Vivo «El Rodadero», el nombre viene de una formación rocosa junto al mar, que a lo largo de décadas, quizás cientos de años, ha venido acumulando arena. El promontorio tiene un lado de arenas suaves que suben unos cincuenta metros hasta la falda de granito. Sobre la formación rocosa se levanta un edificio de apartamentos, el punto más elevado del barrio. La vista desde lo más alto de las arenas, justo antes del comienzo de la vegetación espinosa, es apacible, sobre todo temprano en la mañana. El resto del día turistas alcoholizados deambulan por los alrededores.

¿Qué sentido tiene la vida si no eres feliz con lo que haces? Mis padres me dieron buenos consejos, pero nunca ese. Hicieron falta muchos dolores de cabeza para llegar a esa conclusión. Fue entonces que decidí mudarme a este lugar, que por ser un pueblo costero es un manantial de historias de triunfos fugaces, reflejo de la decadencia, de la codicia y de la obsesión humana.

El parque Tayrona

Un par de semanas atrás conocí una mujer hermosa, una belleza mediterránea: piel blanca como la leche, como le gustaban a Petrarca, de sonrisa encantadora, cuerpo de guitarra, ojos oscuros, *piercing* en la nariz, cejas negras, labios oliváceos, sombras misteriosas bajo sus ojos. Yo descansaba a la sombra de una palmera y ella pasó frente a mí. Dijo algo con un acento español. La miré como pude, con un ojo entreabierto, tratando de acoplar mi oído a su acento. Ella repitió:

— ¿Hay un lavabo cerca?

⁹ Corresponde al arquetipo de El ánima, fuerza dadora de vida.

Sonreí y le dije que no había baños, que lo más parecido eran esas cajas de madera sin techo, dentro de las cuales había inodoros a los que nunca entraba agua fresca y cuyos residuos se escurrían hacia una fosa séptica. Agradeció sin quitar la vista de las letrinas resguardadas por un árbol de mango selvático. Caminó hacia allá con su mochila. Empujó la puerta, echó una mirada y entró. Yo regresé al ensueño pensando que su novio estaría cerca, por estas latitudes las mujeres atractivas no suelen andar solas. Pensé que la aventurera se perdería en la selva por la que salió, que como tantos mochileros seguiría la búsqueda de sí misma y que nunca volvería a verla.

Hacía bien en buscar un sitio seguro para responder el llamado de la naturaleza. Estos montes no son buen lugar para agacharse, por aquí ronda una jauría de zarigüeyas que han mordido a varias mujeres. Alguna vez intentaron atraparlas usando como carnada ropa interior usada, pero son criaturas esquivas.

Me di un chapuzón en el mar y volví al campamento. Unas horas antes, como almuerzo, había preparado pescados asados cubiertos con salsa de jalapeños y acompañados con papas cocidas. En el caldero había conservado un pescado y unas papas, solo tenía que calentarlo. La panza hacía sonidos guturales y la noche se acercaba, faltaba poco para el anochecer, así que hice fuego con la intención de cenar temprano para alcanzar a lavar los implementos. Mientras encendía yesca y ramas, a mis espaldas ella dijo:

—Tengo unas alubias enlatadas, pero no tengo fuego; he caminado todo el día, ¿me dejas calentar esto y te invito un poco?

—Claro, tengo pescado asado en salsa de jalapeños y papas cocidas, ¿gustas?

Ella asintió feliz, dejando ver dos dientes frontales prominentes que le daban un aspecto enternecedor. Comimos con voracidad, luego lavamos los trastos sucios en la playa, usando como jabón la arena y como luz el atardecer, que era un hilo naranja para cuando terminamos. Los paisajes estimulan los sueños que alimentan la vida. En la penumbra roja del moribundo día comencé a interesarme en ella. Durante la noche, que se hizo profunda a las nueve, charlamos y bebimos ron añejo hasta que la lluvia nos empapó. Tuvimos entonces que desnudarnos antes de refugiarnos en la carpa, al principio fue incómodo, mas por la falta de costumbre que por pudor.

Fumamos sentados espalda contra espalda hasta que nuestros cuerpos compartieron la misma temperatura. Afuera llovían agujas heladas, era una de esas tormentas tropicales que te hacen sentir como un insecto, vientos huracanados bamboleaban la carpa, frente al campamento rugía el mar embravecido, atrás, en la selva, se quebraban ramas y caían cocos, pero el refugio era acogedor.

Al amanecer, la humedad nos hizo salir de la carpa, las colchonetas destilaban un olor embriagador. Seguíamos desnudos, pero ya no había vergüenza. Ella se vistió mirándome. Luego, intercambiamos un beso tranquilo y adentró en el sendero de tierra.

Esa tarde, cuando regresé a casa, escuché que en la zona se habían perdido unas extranjeras. Rogué que no fuera ella. Había deseado poder volver a encontrarla algún día, pero no de esta forma, ni tan pronto, en todas las esquinas de este barrio de comerciantes, turistas y pescadores, los diarios mostraban su foto y la de una alemana.

Este dolor que siento me hace pensar que nunca la olvidaré, aún a pesar de que solo hasta hoy conocí su nombre: Galatea Perpignan.

Segunda parte
Superhéroes desenfocados

I. Spiderman ulceroso

Hace algunos años me extraditaron por tráfico de telaraña radioactiva, por lo que me escondí en este pueblo con cara de ciudad, donde contraí disentería. Ahora, después de curarme con recetas de brujos, y luego de mucho automedicarme, peso ciento veinte kilos y convivo con úlceras sangrantes que me impiden probar gota de picante.

Llegué a esta ciudad por recomendación de Superman, un extraterrestre que se hace pasar por humano, él me veía como competencia porque ambos éramos periodistas, y porque soy un héroe con mejor sentido del humor. En aquel entonces lo vi como la oportunidad de cumplir mi sueño de ser periodista de guerra, a la vez que hacía dinero fácil traficando cualquier cosa. No sé Superman, pero yo tengo que comer, y como superhéroe no ganábamos nada.

Vivo en Bellaquería, tengo un penthouse desde el que puedo ver el río y el mar. Sigo teniendo superpoderes pero ya casi no los uso. El tiempo es oro y ya no lo pierdo ayudando a otros si no recibo nada a cambio. Mi sentido arácnido lo uso para evitar malos ratos, principalmente redadas de la ley. La falta de acción es un factor que empeora mi estado físico, en Manhattan los rascacielos sirven para ejercitarse, pero aquí sólo hay edificios en una parte de la ciudad, y el más alto no llega a los veinte pisos. El barrio se llama Villa Pretenciosa, y aunque es bonito el sector, es tan aburrido como los planes de ocio que ofrece Bellaquería. A veces, en la madrugada, me columpio entre los edificios del barrio, pero suelo hacerlo cuando he bebido demasiado, y generalmente lo hago sin ropa o con un pantaloncillo en vez de máscara. Afortunadamente en esos episodios alcohólicos no puedo salir del barrio, que es la única zona con edificios de la ciudad. Además, todos los postes de luz están enredados de cables y conexiones fraudulentas que más de una vez me pasaron alto voltaje.

Esto no es tierra para superhéroes. Lo más interesante que se puede hacer es subirse al techo de un bus y dejarse llevar por la carretera a ochenta kilómetros por hora. Cuando estaba recién llegado, me resultaba divertido. Pero el calor extremo y la vestimenta de maya ajustada, de la que todos se burlaban, me hizo dejar la estupidez. Compré un apartamento, invertí, engordé, lo demás es historia.

Mis hijos viven en Manhattan y usan sus poderes para hacer el bien de tiempo completo, pero como ahora están sindicalizados a ellos sí les pagan, es que antes ni Batman ni Superman permitían esas cosas, nos decían que esas eran cosas de comunistas.

Desde que la política exterior de carácter militarista quedó en evidencia por las denuncias de Assange, la Liga de la Justicia ha optado por cambiar la imagen de la organización, ahora todos los héroes son políglotas, veganos y pacifistas, trabajan en la ONU, y tienen funciones diplomáticas.

Mis hijos nunca me perdonaron que en medio de una borrachera hubiese dado un susto a la caravana del narco-paramiliar Urbain Beleño, cuando él era presidente. Al parecer causé un pequeño conflicto diplomático que ellos tuvieron que resolver, y es que un gringo con superpoderes que no debería andar por ahí de hazañoso. Pero en esta ciudad no hay nada que hacer, salvo salvar gente en los arroyos, así que es necesario hacer travesuras de vez en cuando para matar el aburrimiento, de lo contrario se te atrofia el sentido del humor.

II. Flash y Superman están de vacaciones

Flash y Superman salieron a correr en el desierto del Sahara. El problema de Flash es que no es de acero, como humano debe evitar los cactus del desierto y los matorrales de las selvas. A Superman le da igual todo, puede correr la Tierra, atravesar desiertos o el Amazonas como un tiro, saltar el Himalaya de un vuelo.

Así que el Hombre de Acero decidió esperar a su colega en una esquina de Bellaquería, pidió unas rondas de cervezas mientras el relámpago lo alcanzaba, eran las cuatro de la tarde cuando Flash llegó, se quitó el antifaz, al segundo estaba vestido con ropas que no eran suyas. Superman se elevó y aterrizó en medio de un tumulto de personas. La gente comenzó a saludarlo, las viejas lo agarraban, los niños les gritaban emocionados a sus padres por el Superman que había llegado, los ancianos se preguntaban donde estaba la cámara escondida, y las fanáticas espontáneas llenaban el espacio de gritos histéricos. El Man repartió firmas, besos, muestras de fuerza, de inteligencia, de velocidad. A los veinte minutos había logrado lo que buscaba, un par de lentes chinos oscuros RayBan que le entregó un tipo a cambio de varias fotos junto a su héroe. Una guayabera que le regaló un viejo de los Montes de María, que cuando lo vio le dijo: “Por mi nieto, que se lo imagina salvando el mundo, pá’ que venga y se pase una temporada por acá.” Una bermuda beige, de unos empresarios que le ofrecieron trabajar en publicidad para un nuevo centro comercial. Sandalias Havaianas verdes de una chica moderna de ojos claros que deseó ser la mujer maravilla. Y una mochila amarilla estampada con un logo de Águila, que unas chicas uniformadas le entregaron, junto con la birra, unas fotos de ellas en pelota con su número al respaldo.

Flash en la espera se tomó 30 cervezas.

Luego de los autógrafos y fotos fueron a una tienda, donde se bebieron siete canastas de cerveza, ahí Superman se proclamó campeón absoluto de el eructo más largo. Se puso la capa de turbante fingiendo ser un gringo con problemas mentales. Le hablaba a un Flash borracho, que se caía y levantaba del suelo a una velocidad, aún en estas condiciones, increíble. Habían estado bebiendo a la sombra un par de horas. Cuando Flash se repuso del mareo y pudo coordinar la cabeza, soltó el eructo, que sirvió también como señal de escape. Pagaron con una exhibición de rapidez y dejaron viendo chispas al tendero.

Frenaron en una playa a ponerse los atuendos. Superman deseaba darse una vuelta por el Medio Oriente.

—Así sudamos lo que nos queda en el sistema, lleguemos hasta Argentina, cenamos y nos vamos.

Flash se lo quedó mirando, y luego de analizar todo dijo con una sonrisa maliciosa:

—Mejor vamos hasta Venezuela.

Superman, que no le gusta contradecir al jefe del país donde reside, respondió haciendo un chiste:

—No, yo mejor me mantengo fuera, no vaya a ser que me vuelva comunista.

En su cabeza sabía que era otra tontería de extraterrestre. Era un periodista luchando por la verdad y la justicia. Muchos de los problemas que le ponían a resolver eran domésticos del país. En las noches volaba sobre el planeta, dejaba tres horas el mundo en manos de la muerte y el destino.

—¿Tú que dices?, ¿será buena la publicidad comunista?, ¿seré yo un posible héroe para el público joven?, supe que los rusos crearon un Frankenstein durante la guerra fría. Pero no era extraterrestre, no podría volar, ni era indestructible. El único extraterrestre que yo conocí en manos de ellos parecía una agua mala gigante.

—Eres Gringo como yo —dice Flash—, quedémonos una temporada y dejemos que en el norte trabajen Linterna Verde y el Halcón. Mueve influencias y traemos a algunos de Marvel. Montamos una cuadrilla entrenada por el Punisher y arreglamos esta situación. Yo creo que si montamos aquí un centro de operaciones salvamos el mundo desde Sur América. Mira, traemos a Aquaman, tenemos dos salidas oceánicas cerca. Traemos una cuadrilla de mutantes de la escuela de los X-Men, si se puede un par de profesores. Y los metemos a la selva. Mejor dicho, los contratamos por períodos cortos, que hagan lo suyo y reciban un pago. Superhéroes mercenarios. Sacamos todo el oro que encontremos y construimos una civilización tecnológicamente más avanzada. Mira viejo, aquí puedo estar disfrazado casi todo el año y a las chicas les encanta el rojo.

—Mejor vámonos al Medio oriente –responde Superman-, por aquí se las arreglan a su modo, allá esta explotando todo, puedo oírlo desde acá... ¿Y ese humo de dónde viene?

—Tranquilo, que esto no explota. Ahora relájate un poco, busquemos ropa holgada y disfrutemos la playa. Yo no voy a ningún lado.

Acto seguido Flash desaparece en una nube de arena marina, al segundo está de vuelta con un atuendo de surfista. Superman lo analiza de pies a cabeza, sonrío y se eleva para aterrizar en mitad de la playa. Los bañistas se acercan a tomarse fotos junto al héroe, para ofrecerle cervezas, mango verde con sal y limón. Un par de chicas en bikinis rojos lo seducen y se lo llevan junto con Flash a una fiesta electrónica que dura tres días. Luego de lo cual ninguno de los dos superhéroes vuelve a tomarse el trabajo de salvar al mundo a la ligera. A Superman le da por limpiar el mundo y a Flash por volver a la tierra, tiene un viaje de hippie metido en la cabeza y no hay quién se lo saque. Las dos chicas se volvieron locas de tanto sexo que tuvieron esos días. Los videos están en [youtube.com](https://www.youtube.com). Busquen «Flash y Superman contra las caribeñas en bikini».

III. Hulk va al psicólogo

La Mole —el de los Cuatro Fantásticos— le dejó inconsciente una tarde, luego de uno de esos cruces de palabras que terminan tan frecuentemente con media ciudad destruida, mientras toda una legión de superhéroes salva víctimas inocentes.

Nadie se interpuso, Superman podría, pero últimamente no atiende llamados de emergencia, cuando está merodeando a la Mujer Maravilla.

Restaba esperar a que se detuvieran por sí solos. Cuando ya había pasado lo peor, apareció She-Hulk y le dio una serenata mientras lo llevaba en un hombro al hospital.

Ella es su prima, a la que él le salvó la vida donándole sangre una vez, hace mucho tiempo. Desde entonces ella es verde y le guarda un odio oculto a Hulk.

—¡Te he dicho que no te pelees con La Mole, ya estás viejo para esto!

Pobre bicho verde, había perdido otra vez con el bloque de piedra. Y esta vez le perseguía además ese chillido de mujer. She-Hulk odiaba estos momentos tanto como él. Tendría que dejarse fotografiar de nuevo haciendo cosas ridículas, como si cuidara a un ebrio.

En el hospital de los Avengers —la versión mutante de la Liga de la Justicia—, y ya con su forma humana, Bruce Banner se dice a sí mismo: «Los tiempos de controlarse bien han llegado». Bruce no aguanta las migrañas post-Hulk y cada vez que regresa a su forma humana no tiene un céntimo porque siempre rompe los pantalones y bota la plata. Además, por este asunto de la transformación gasta una fortuna en ropa y calzado. Bruce toma la decisión y lo internan en una isla del caribe. Lo que no resulta tan buena idea después de todo, lo tienen drogado tiempo completo y para colmo cobran una fortuna por cuidarlo. Nadie lo visita. Con una depresión en aumento el psiquiatra que hace el seguimiento a la historia clínica comienza a notar pensamientos suicidas. De inmediato se le informa a She-Hulk, para que esté pendiente de cualquier posible anomalía a futuro. No hay más nadie a quien llamar, así que ella hace de tripas corazón y deja le cuenten los detalles. Lo está dejando de odiar, lo comienza a ver cómo alguien a quien ama profundamente. «No, es mi primo», piensa ella.

Una tarde, mientras caminaba por la orilla de la playa del hospital, Bruce encuentra el sentido a su vida. Para vivir bien tendrá que controlarse, dejándose llevar a ratos, destruyendo como parte natural de su ser. Intenta contactar a alguno de sus amigos, pero por razones de seguridad cortan sus llamadas. Ninguna medicina, por muy abundante que sea puede controlar el monstruo radioactivo que lleva dentro. Destroza la bata y se va en pelotas de un salto a Cuba, con otro impulso llega a Florida. Siente deseos irrefrenables de destruir, provocar explosiones. Pero entre el tramo que le tocó nadar y los delfines que se acercaron a saludarle, se rendiría de nuevo a su lado más tranquilo. Intentó hablar con los delfines, pero estos solo sabían sonreír y decir «eee-eee».

Esa tarde, la Guardia Nacional llama a She-Hulk de nuevo. Esta vez se trataba de sus pantalones, alguien debía ponérselos, hacerle ver a él que no podía andar por ahí mostrando al mundo su arma secreta. Ella accedió. Estuvieron en eso un cuarto de hora más o menos. En el noticiero transmitido por el Canal Escorpión el mundo se entera de la noticia:

—Es asqueroso ver aquello, pero nadie mueve un pié de la formación. El monstruo verde parece en reposo, aún así resulta amenazante. Las autoridades se han replegado para contener al público. Según vimos las mujeres policías se ofrecieron para la labor, pero a medida que se acercaban a Hulk, o se desmayaron o huyeron despavoridas. En este momento los de la Cruz Roja retiran a las oficiales que permanecen inconscientes. She-Hulk está de rodillas...hay gran expectativa. El pantalón llega a las rodillas y She-Hulk cae de espaldas con un ojo amoratado. El arma de Hulk gotea algo viscoso y verde, el monstruo extiende los brazos y grita anunciando un chorro de pus que preñará todo lo que toque. El arma secreta se repliega agotada, y el monstruo busca una sombra. Militares cubiertos de trajes blancos acordonan la zona y toman muestras. Se declara la alerta naranja. Hulk vuelve a ser Bruce Banner. She-Hulk es llevada al hospital más cercano. El escenario apesta a rancio, y en el aire está la sensación de que el espectáculo apenas comienza.

IV. Aquaman no cree en los Super Amigos

En la entrada del Salón de la Justicia Flash habla con Aquaman junto a la fuente. Aquaman ha comenzado a adquirir malos hábitos, y por su adicción al cigarrillo lo molestan diciéndole Marlboro man.

—Viejo, tienes que reposarte un poco. Tómate unas vacaciones por el caribe. Por aquí la cosa está violenta desde que Batman y la Mujer Maravilla son amantes. Superman no lo puede creer, se ha dedicado a la bebida y anda con el traje todo sucio y vomitado buscándole pelea a todo el mundo. A ti te ofendió con lo del olor a pescado, pero no eres el único. A todo nos ha dicho algo hiriente. Además recuerda que el tiene super olfato. Mira, ya tengo que irme, sabes que ando acelerado todo el tiempo y esto ya me parece una eternidad. Hablamos en unos días. Vete de vacaciones, relájate.

Aquaman lo mira decepcionado, enciende otro cigarrillo y le responde:

—Flash, en la isla me dicen igual, algunos nativos incluso me llaman blancoapestoso. No se necesita un super olfato, ahí todos se han dado cuenta también. ¿Qué hago?, Estoy a punto de ir a enfriarme un tiempo a la antártica.

Flash está inquieto, aquella perorata lastimera le aburre y siente deseos irreprimibles de correr. Es adicto a la adrenalina, al éxtasis que produce la velocidad.

—Viejo Flipper, lo siento, tienes que encontrar un remedio por tu cuenta. Yo siento que perdí todo un día hablando aquí contigo...no lo tomes como algo personal, simplemente tengo que irme de aquí...que tengas suerte.

Nuestro héroe vestido de rojo desaparece dejando una estela roja y dorada que se pierde en el horizonte. Aquaman se olfatea las axilas como intentando detectar la raíz del olor. Lo ha intentado todo para quitárselo, pero sigue oliendo a pescado, a pecera mohosa. Los que antes habían sido sus Super Amigos le han dado la espalda, le han puesto sobrenombres y han hecho bromas pesadas, como llenarle el locker de camarones y ajos crudos. Las heroínas lo desprecian y parece destinado a volver a las profundidades. No lo hace porque tiempo atrás se había prometido volver a la Atlántida con una digna reina, la Mujer Maravilla. Y todavía guarda esperanzas, por muy patético que esto suene. Siguiendo el consejo de Flash se dirigió a su casa en las Bahamas.

Pasaron los años, y con ellos se fue acostumbrando a la idea de ser un héroe sólo en época de huracanes. No lo buscaban otros superhéroes, pero por su abnegado servicio se ganó los beneficios amorosos de una nativa, a la que un problema en los cornetes nasales le impedía sentir el olor a calamar en proceso de descongelamiento. Ella le había sugerido varios tratamientos para eliminar los malos olores: Bañarse en el río diariamente, en agua de lluvia, no comer mariscos o peces, evitar el agua de mar por más de una hora al día. Probaron todos los jabones que se conseguían en el duty-free, también experimentaron con detergentes y otros productos industriales. Al final, solo lograba disimular la pestilencia por unas horas.

Una tarde, mientras descansaba en una hamaca bajo las palmeras que rodeaban su casa junto al mar, Aquaman tomó la decisión. No soportaba un día más sin comida de mar, necesitaba sumergirse de nuevo a kilómetros de profundidad, extrañaba el sexo bajo el agua, con seres que no podemos imaginar, y que a cambio de unas almejas te hacen sentir placeres burbujeantes. Aquaman, después de muchos años sufriendo por fin sonríe mientras se acomoda los lentes de sol. Atrás quedaron las ganas de vomitar que sentía de tanta tristeza acumulada, de impotencia, de tanto contenerse. Esa noche sacará su viejo traje verde y naranja, que le queda algo estrecho, porque a la mañana siguiente volverá a sumergirse. Aquaman eleva sus pensamientos en dirección al mundo de los sueños. Recuerda los tiempos en que dedicaba largas jornadas a limpiar el fondo marino, a recorrer los recovecos rocosos y coralinos, o a explorar con detalle los naufragios de guerras recientes y de barcos españoles. Esas horas le servían para reflexionar, para darle sentido a su vida, para recargar energías y reconectarse a través de sus habilidades telepáticas con los seres marinos. Recordó también los buenos tiempos en los que Superman era decente y llevaba el pelo corto, Flash no tenía adicciones, Batman aún era un héroe y no un vengador, y la Mujer Maravilla no parecía una ninfómana cuya juventud se escurría entre sus dedos.

Su compañera lo encontró a la mañana siguiente, con una sonrisa petrificada. El corazón había dejado de latir. Aunque Aquaman añoraba el océano había olvidado lo importante que era para sus pulmones el agua de mar, quizás si no hubiera fumado tanto durante todos esos años aún estaría vivo. Pero la vida pagó con muerte justo cuando parecía que al fin esta historia tendría un final feliz.

Como testimonio quedó una lápida en el cementerio del pueblo: «Fue amigo de los que lucharon por la Tierra, especialmente por el mar».

Un héroe silencioso que murió con una sonrisa en su boca. Su muerte aceleró la decadencia de los Súper Amigos.

V. The Punisher va al supermercado

Por los altavoces suena una melodía en piano, mientras una voz nasal femenina hace varios anuncios: Pasillo doce, lácteos y productos congelados, oferta por la compra de más de cinco productos... Se necesita el precio de tampones extra grandes en la caja de nueve... Nicolás favor acercarse al pasillo cinco, código N, un niño ha hecho destrozos.

¿Dónde carajos estará el papel higiénico? Demasiada gente en un mismo lugar me incomoda, no dejan ver nada, bloquean la circulación con sus cuerpos pequeños y frágiles. Esto está lleno de niños, ancianos y mujeres. No sé porqué tuve que esperar hasta el sábado para comprar todo esto: Atún, frijoles, pulpo, carne; todo enlatado. Más algodón y alcohol. Tanto ruido me pone nervioso, necesito salir de aquí cuanto antes. Detesto los coches de supermercado, los bastones de las abuelitas, el llanto de los niños pequeños.

«Cuatro de la tarde, señor», me dice la anciana cuando le pregunto la hora. Es imposible llegar al papel higiénico. En uno de los pasillos la viejecita me ha pedido que le baje media estantería para ver los precios, al final no ha comprado nada y me ha tocado regresar todo a su puesto. Un hombre tropezó conmigo y por poco causa un desastre con las dos cajas de cerveza que llevaba en brazos. Su hijo lo hizo trastabillar y si el hombre no hubiese tenido buenos reflejos el niño hubiese recibido las latas en la cabeza. Miro atrás hacia donde están las cajas registradoras y las filas aumentan a toda velocidad. No entiendo dónde estaba metida toda esta gente.

Es la primera vez que vengo a un supermercado, normalmente compro en bodegas solitarias, que abren hasta el amanecer, todo se compra al por mayor, y ellos mismo se encargan de llevarte el pedido. Pero hace una semana la bodega donde usualmente compraba se quemó. No me quedó otra opción, entre salir por las noches a limpiar la ciudad de maleantes y alistar mi arsenal para la noche siguiente, apenas hasta hoy me vi en la necesidad de salir a comprar algo para seguir con vida.

Me pregunto ¿dónde estará el papel higiénico?, ¿estará detrás de aquel grupo de cotorras encopetadas menopáusicas que discuten sobre fertilizantes para el jardín, o más

allá donde unos jóvenes preparan la juerga, toman paquetes de servilletas y vasos desechables? debe ser ahí!

Luego de un rato tengo lo básico, no he encontrado carrito así que me tocó meter todo en dos canastas. Diez latas de atún, diez de pulpo, diez de carne, un saco de cinco kilos de papa, cinco litros de agua, tres libras de frijoles, algodón y dos botellas de Jim Beam de un litro cada una. Voy llegando a la fila para pagar y se adelanta la viejecita del bastón, le pregunto si vio la fila y me dice que claro, que no está ciega, que no sea grosero y por abrir la boca me da un bastonazo en la pantorrilla.

Detrás de mí, una mujer intenta callar a sus niños, a los gritos. Uno de ellos, el que está en brazos de la mujer, me saca la lengua. Yo le sonrío fríamente para asustarle. Como respuesta me vomita sobre las botas, un poco más cerca y lo hace sobre mi camiseta negra y mi chaqueta. Cuando llego a la caja me piden tarjeta descuento, pero como no tengo, la cajera me mira de arriba abajo y murmura:

—Loco de mierda.

Deduzco que es por mi vestimenta, aunque grabo su cara en mi memoria por si alguna vez la encuentro en la calle cometiendo algún crimen.

Un perro -supuestamente prohibido dentro del almacén- se mea en mi pierna y por poco lo sacrifico ahí mismo.

La cajera interrumpe mis pensamientos vengativos poniendo cara de arpía al acecho y me dice el precio a pagar. No logro oír lo que me dice. Unos metros más atrás una chica habla por teléfono celular, grita y sonrío, cuenta algo de su nuevo novio. Unos turnos más atrás en la fila, los jóvenes que evidentemente ya habían comenzado a beber antes de venir de compras, ahora hablan de fútbol, los cuatro a la vez. Al final tengo que pedir me repita el valor a pagar y de muy mala gana me da de nuevo el total. Cancelo, y comienzo a empacar en bolsas plásticas, tratando de colocarlo todo lo más ordenadamente posible para repartir el peso. Aún falta llevarlas cargadas, caminando hasta el apartamento. El tipo de las dos cajas de cerveza termina de meter su compra en el carrito que el niño empuja, y en un segundo de distracción, mientras el papá paga la cuenta, el culicagado arrolla las bolsas que llevo en mis manos. Rompe las dos botellas de Whisky. Los miro a los dos, al niño y al papá. El papá se hace el desentendido. Salen del supermercado. El niño sin embargo mira atrás con cara de culpable. Espero

acordarme de su cara cuando crezca, seguro algún delito cometerá. La gente que sale me dice que me eche a un lado, que limpie el desastre. Pienso en sacar una de mis armas y acabar con todo.

Se ha armado una nueva fila, le digo a la cajera que me reemplacen el Whisky. Dice que no hay problema, que haga la fila de nuevo con el tiquete de compra en mano y las dos nuevas botellas.

Luego de treinta minutos y mucho autocontrol llego a casa sin haber matado a nadie. A modo de catarsis afilo media docena de puñales, y desarmo una escopeta para aceitarla.

VI. Wolverine no se oxida

El hombre es un experimento; el tiempo demostrará si valía la pena.

Mark Twain

Hago daño, nunca río, bebo demasiado, eso dicen los tontos. Las pastillas no surten ningún efecto en mí, no necesito afilar nunca mis navajas, empino la botella cada vez que tomo asiento y no me dejan de salir pelos en todo mi cuerpo, no importa cuantas veces al día me afeito. Cuando cierro los ojos regresan las imágenes de siempre, los experimentos en los que me inyectaron un metal indestructible sobre los huesos. Por eso prefiero no dormir, para hacerlo bien necesitaría mucho alcohol y tanto somnífero como para poner a roncar a tres osos grizzlis. Eso lo puedo hacer una vez por semana, no hay dinero para gastar en eso todos los días. Por esto busco peleas diariamente: para robarle la plata a otros, o para ver si alguien es capaz de ponerme a dormir.

Afuera de esta cabaña en las montañas de Canadá la nieve lo cubre todo, incluso los troncos de pino que corté con mis garras esta misma mañana. Es un lugar frío, sólo los animales salvajes se aventuran por estas latitudes, así que conseguir y transportar el whisky es trabajo extra, tanto que estoy pensando seriamente regresar a la gran ciudad. Será difícil buscar equilibrio y paz en el gris y ladrillo que lo cubre todo, pero al menos robar es más fácil y las drogas son más fuertes. Por aquí poco se consigue. Aún me quedan un par de cajas de Jack y una caja de habanos. Los días demasiado cortos y las noches muy largas desearía sirvieran para dejar de pensar en esas pesadillas, en la muerte que nunca llegará para mí, y en la cantidad de tiempo que significa la eternidad.

Una parte de mi memoria está perdida, pero estoy seguro que la vida siempre ha sido una mierda.

Desde que recuerdo mi cuerpo se regenera tan rápido como el aire llega a los pulmones. Siempre he andado mi camino sin necesidad de ayuda. He ayudado a otros, por lo menos eso queda en mi conciencia de humano, si es que eso tiene alguna validez en mi caso. ¿De qué sirve ser inmortal, si no soporto a nadie? Necesito morir.

Yo maté a Hitler mientras el Capitán América distraía a su ejército personal. He luchado miles de batallas, me han disparado con armas de todos los calibres, con cañones, me

han prendido fuego, he caído en campos minados, me he lanzado sin paracaídas desde aviones y helicópteros. Y no ha sido suficiente, aunque he estado muerto no ha durado más de dos segundos.

Con el tiempo sólo me hago más astuto, ágil, sabio, y resistente; no me oxido, no le tengo miedo a nada, vivo para la confrontación. Mi soledad, y la lucha por defender a los que desean hacer las cosas bien, es lo único que tiene sentido para mí. Soy el decadente, el que nadie piensa puede ser su salvación. Otro mediocre más en un mundo de borrachos, eso piensan las viejas que sólo se asoman a la puerta de sus casas. Y no me interesa, para mí no es algo nuevo, en cien años seguiré aquí escarbando pensamientos, intentado encontrar en ellos al que me puso estos huesos indestructibles.

El que me convirtió en el arma X, un indestructible incapaz de dormir.

El insomnio es soportable si se tiene la mente ocupada, en la ciudad es más fácil, sales a dar una vuelta e invariablemente alguien intenta por lo menos robarte, y ahí te distraes un rato. Tomas su dinero, tomas unos tragos a su nombre, caminas algo más, apuñalas a alguien que te pegó un tiro...ese tipo de cosas.

Pero el mundo humano es aburrido, frágil y monótono. Entre los superhéroes solo el Capitán América ha sido tan buen contrincante como compañero de armas. En la segunda guerra- que fue la última vez que lo vi en pie- aún no tenía mi esqueleto metálico, pero desde entonces comencé a incorporar el plomo en mi dieta diaria, absorbía las balas y mi organismo las digería como si nada. El Capitán con su escudo indestructible, su agilidad olímpica y su uniforme ridículo, cruzaba el campo de batalla en medio de explosiones, que a mí me hacían retroceder dolorosamente. Cuanta metralla absorbí, no lo sé. Eso no importa, luego mis huesos fueron cubiertos de Adamantium y el plomo fue solo granola comparado con lo que entonces tuvo que asimilar mi organismo. Durante esa última batalla juntos, después de que los aliados ocuparan las capitales nazis, una gran bomba explotó cerca de nosotros. El Capitán apenas logró llegar con vida a la instalación militar a la que lo llevaron, lo curaron lo mejor que pudieron y luego lo congelaron. A mí me enviaron a las barracas donde se deja morir a los soldados. No tuvieron que hacerme mucho, en lo que limpiaban mis heridas estas volvían a su forma original, y de moribundo pasaba a soldado dispuesto a

seguir en cuestión de minutos. Por lo menos me dejaban un par de días libres, «vete al bar, tómate estas pastillas», me dijeron.

Gracias a este esqueleto indestructible, Hulk es otro reto más, nada que no se pueda soportar. Gracias a la capacidad de regeneración el Punisher es sólo otro psicópata con el corazón deshecho, al que entiendo. Superman, un ridículo extraterrestre añorado en pijama. No me oxido, no digo que no a un combate. Así como disfruto de la muerte en mis manos, disfruto de los polvos salvajes con alguna mutante excitante.

Como Mystic vestida de azafata de avión.

Pero luego cuando lo bueno pasa, la sangre se calma y el sudor se seca, vuelvo a la misma pregunta: ¿Cómo matas a un mutante que se regenera, y cuyos huesos son físicamente indestructibles? Ayúdenme, mi vida es un asco.

VII. Batman, apostador compulsivo

I

Batman perdió todo en una apuesta contra el Joker y se deprimió. Desde entonces Robin ha tenido que recorrer las calles solo, combatiendo el crimen, aprendiendo de las bromas de los hampones, homosexuales, putas y proxenetas. Una tarde Robin perdió los nervios por una apuesta estúpida. El elevador que debían usar no funcionaba. Estaban rescatando unas esclavas sexuales en un décimo piso. Era lanzarse planeando con la capa, bajar por las escaleras, o usar los cables del ascensor. Robin pensó que por fin vencería al viejo hombre-murciélago. Batman pensó que sería bueno ganarle de nuevo a «El Niño Maravilla». El adolescente pasaba el día conectado a Internet viendo porno. Pesaba cincuenta kilos de carne, hueso vísceras y piel. Tenía el pulso tembloroso, y usualmente, manchas blancas sobre el traje. Era una vergüenza. Patrullaban y se pajeaba. Al llegar la noche el joven Robin carecía de energías para combatir el crimen. Tenía más estado físico el viejo Batman, que aunque no se quitaba el traje para ir al casino dos horas diarias, y al hipódromo tres, entrenaba cuatro sin capa o máscara. Seguía en forma, pero algo en su cabeza fallaba. «Bruce Wayne estaba en Siberia», eso se rumoraba desde hace tiempos.

Ningún «Niño Maravilla» le ganaría a Batman, un tipo que disfrutaba de las bondades ofrecidas por las seguidoras, un grupo de siete lolitas. Siete mujeres en flor pedían polinización varias veces al día. Hasta la dieta había cambiado en pro de la eficiencia. Era la oportunidad perfecta para derrotar al adolescente sabelotodo. Necesitaba la cueva de vuelta, solo para él.

Robin amaba encontrarse a la Batichica, se había hecho miles de pajas viéndola bañarse, cambiarse, hablando por teléfono, peinándose, incluso alguna vez la pilló masturbándose. Su mecenas —antes héroe— llevaba una vida de placer y pocas responsabilidades. El niño-hombre pensaba en el caos que reinaba en la ciudad, y en los muchos hijos que quería tener con Batichica. Ella le alimentaba el morbo ronroneándole las fantasías eróticas que soñaba vivir con Batman.

Robin corrió al máximo con sus músculos juveniles, pero recordar una de esas lo hizo perder. Batman ganó y se acomodó las nueces. El joven héroe soñador puso en práctica todo lo aprendido:

—¡Puto Batman, cabrón!, Era una maldita carrera al ascensor, y tu capa no me dejaba ver. Todo es tu bati-tú; ya va siendo hora de tener mis propias cosas. Hasta que no te parten el hocico no dejas de creerte el mejor. Vete a la bati-mierda y toma un batazo.

Batman quedó medio muerto. Robin le dio con un bate de aluminio para niños, directo en la placa de titanio que tiene en la cabeza. Lo golpeó como deseaba hacerlo desde aquella ocasión en que Batman le arrinconó violentamente y le escupió en la cara: —¿Por qué tienes tanto miedo a defenderte?, vamos, ¡haz algo!

En la clínica, el vencido héroe requirió un especialista. Le zumbaba la cabeza, tenía la mandíbula adormecida, palpitaciones en los oídos, y vértigo. En su caos mental recordaba aceleradamente aquella vez en la que se le rió en la cara del niño, solo para demostrar quién tenía el control de la situación. Esto ocurrió cientos de veces, en los últimos dos años los episodios fueron cada vez mas seguidos. Hasta el día del ascensor. Reconocía el mal hecho en el pasado, pero no soltaba palabra al respecto. Se limitaba a callar, soportando todo sin medicamentos. Ahora entiendo porque Robin andaba siempre con mala cara, pensó.

La recuperación fue lenta; el frío de la cueva no ayudaba. A los pocos días fue al hipódromo, se encontró con El Joker y lo perdió casi todo.

El «niño maravilla» se transformó en un joven sórdido, asesino en potencia. Dejó de usar su traje amarillo con verde, tiró a la basura su pantalón corto y comenzó a vestirse completamente de negro. El atuendo incluía una capa que le permitía planear. Parecía una ardilla nocturna, un roedor volador, sin quererlo se volvía lo que más odiaba. Comenzó a hacerse llamar Bob. Decía que ese nombre era de mujer, que estaba harto de las burlas sobre su sexo. El era un preadolescente que se sentía listo para embarazar a la Batichica. Hasta visualizaba como serían sus hijos.

En ese período hubo varios heridos con el bate de aluminio, incluido Linterna Verde. La mayor preocupación de Batman era que Bob se descarriara; el cabello sobre los ojos, uñas negras y sombra en las pestañas lo ponían nervioso. Alfred le explicó que el chico había adoptado la estética Emo. Batman no entendía nada. Desde que le cortaron el servicio de Internet no terminaba de entender muchas cosas. Creía que Robin estaba

deprimido, en el peor de los casos, que necesitaba irse de putas. Ya se le pasaría la rabia. Ya volvería.

Era en estas ocasiones cuando la patología lo dominaba, haciéndolo olvidar que todo había comenzado por apostar compulsivamente. Se repetía que le ganó para darle otra lección, como si Bob fuera un niño.

Batichica intentaba levantarle el ánimo a Batman. Pero él la ignoraba. En secreto le tenía muchas ganas, pero después del campanazo no logra sostener una erección. Las jovencitas están buenas pero son muy crueles, y las mayores se ponen flácidas, pensaba a ratos.

Con la mujer maravilla era diferente, ella había dejado de ser exigente y estaban de acuerdo en que lo importante era venirse dentro -sin importar lo que durara el coito-. La edad le pisaba los talones, ella sentía el llamado del instinto maternal. Lo notó una tarde cuando Rachel y Ross se casaron en la serie de humor de la TV. Se reafirmó cuando se volvió rutina ver porno lésbico junto a Batman y sus artilugios vibradores. Ella había perdido la línea viendo series norteamericanas, comiendo papas fritas, pizza, nachos con queso y tomando refrescos. Superman se cansó de cortejarla y pelearse con Batman y la dejó abandonada a su gusto. La cueva se convirtió en un lugar sin murciélagos, debido al aumento de los ecos de placer. Creían poder engendrar una buena criatura. Unos meses atrás se habían dado a la tarea, razón por la que Batman ya no tenía tiempo de patrullar las calles. Desde que la amazona tomó control de los recovecos de la cueva, él sólo tenía tiempo de ir al casino o al hipódromo. Se afeitaba cada tres días -para maximizar la ganancia de tiempo-, dormía como mínimo ocho horas para recuperar fuerzas, y no se quitaba el traje de superhéroe —excepto para el sexo y para bañarse—. Según decía, el juego era lo único que lo mantenía cuerdo.

Después del batazo la cueva era un lugar insoportablemente silencioso, sobre todo sin los gritos de placer. El cerebro se le movía como gelatina fuera del refrigerador. Un eco de silencio absoluto llenaba el cráneo y la bati-cueva. Su mujer lo cuidó y le dio los medicamentos con disciplina. Batman tuvo que acceder al tratamiento para no enloquecer en silencio.

Batichica buscaba una oportunidad para ocupar el puesto de Bob. Estaba dispuesta a todo. Con frecuencia disfrutaba espiar a los amantes. Deseaba ser ella la

animadora de su vida —la fantasía incluía traje de porrista—. Quería ser su Batichica multiorgásmica, la bati-reina. Soñaba el día en que pudiese decorar la cueva con sus alaridos. Se mojaba de solo pensar en ello. Desde que Bob partió se siente más sola que antes, lo extraña.

II

El Joker y El Pingüino estaban urdiendo un nuevo plan para acabar con Batman. Estaban a la sombra en el hipódromo, tomando Chivas con hielo. Ambicionaban el bati-móvil y a La Batichica. Creían que El Espantapájaros podría volverla una villana usando alguno de sus químicos preferidos.

—De improvisto parece tener un ataque de buena conciencia. ¿Por qué esa cara de imbécil? —dijo el Joker acercándose a El Pingüino—.

—No, mira quién llegó. ¿Batman desde cuándo viene al hipódromo? ¿Será por qué Robin se volvió peor que él? Mira como apuesta, quédate quieto y veamos a ver si por aquí es la vuelta. La ciudad es un caos que ni siquiera Superman ha podido ayudar a limpiar. Estamos en nuestro momento. Por eso es que no patrulla, apuesta... todo o nada —respondió El Pingüino, luego se rió con el ruido de las focas-.

—Suena bien, este perdedor sale pelado de aquí -predijo El Joker-.

El Joker saboreó su martini con limón, comió unas cebollas rojas y aceitunas verdes. El pingüino engulle unas sardinas enlatadas y una línea de aceite opaco resbala por la barbilla.

—Hoy se me ocurrió como rematar a Batman. Creo que vale la pena intentar quitarle la bati-cueva. Sin ella él no tendría más opción que renunciar a ser Batman. No podría comprar otra. Entre los matones de mi grupo de Asesinos Violentos Anónimos hay uno que es jugador de bolos, ex campeón mundial; oyéndolo hablar esta semana se me ocurrió que de ofrecerle una revancha ridícula a lo mejor acepte. Pensará que nos enloquecimos. Le diremos que es en parejas, lo que será otro golpe bajo. Sabemos que no tiene a nadie. El tipo que te digo, El Gordo Panzón, siempre está contando de cómo le quitaron el título por haber ganado borracho. Lo cuenta porque le gusta repetir el final, cuando les partió la cabeza y la dentadura a unos cuantos. Batman no le verá una,

no después de los golpes recibidos en la cabeza. Lo que necesito es que organices todo, el evento deberá transmitirse a escala mundial. Quiero que cuando la rata voladora fracase, el mundo entero pierda la esperanza. Ah, y trae desnudistas y putas porristas. Quiero el lugar lleno de curiosos y gente de la noche. No será un ambiente familiar. Que esto parezca un burdel. En lo posible que parezca la peor pesadilla de Batman. Avísenle a Robin que Batman perderá. Escupiremos sus huesos -ilustró El Joker a El Pingüino, que de inmediato se fue a hacer su parte-.

III

Las dimensiones se trastocan

La Marimonda Agresiva —por culpa de una condición clínica—, y El Monocuco Tramullero están tomándole unas cervezas bajo un palo de mango. Es sábado por la tarde y tienen para tomarse cuatro cervezas antes de irse a dormir. Ellos disfrutaban el carnaval, hasta el punto que podrían vivir disfrazados todo el año. Los únicos momentos en los que se quitan los disfraces es durante uno de esos trabajos nocturnos que involucran romper la ley. Suena «Sweet Leaf» de Black Sabbath en la mente de La Marimonda. Sueña despierto, con la cerveza en la mano. Piensa en dónde estará la oportunidad para conseguir algo de dinero fácil. El Gordo Panzón, que no ha dormido desde la noche anterior, llega a la tienda de la esquina exhibiendo una risa triunfadora.

—¿Entonces? Les invito una cerveza y luego vienen conmigo al juego de bolos que me hará millonario. Voy a tener mis treinta minutos de fama. Se acabaron mis días como ladrón. Voy a comprarme una casa con piscina, y a mi vieja le compraré una también, para que no tenga que trabajar y pueda vivir tranquila —dijo el Gordo Panzón.

—¿Y cómo conseguiste esa oportunidad? yo quiero ver eso con mis propios ojos. Batman contra ti, eso no lo creo —puyó La Marimonda.

—No te creo. Vas a tener que hacer algo más que hablar para convencerme, como pagar las cervezas que nos tomamos. Si vas a ser famoso en cuestión de horas estás mal asesorado, te ves terrible y no va nadie contigo. ¿Cómo es que vas a ser campeón con esa lamentable apariencia? —dijo entrometidamente El Monocuco Tramullero.

—Mono, tienes razón. Desde anoche salí a celebrar y no he me dado ni una ducha. Necesito cambiarme y que me acompañe un equipo, ¿ustedes vienen, cierto? —dijo El Gordo Panzón.

—El Monocuco puede ser tu equipo, yo trabajo solo. Lo que quiero saber es cual es la pareja de Batman, sabiendo que Robin ya no trabaja con él —dijo La Marimonda, avanzando hacia su objetivo final: reconocimiento y poder.

—Batman va a jugar doble turno. No tiene a quien llamar —precisó El Gordo Panzón.

La Marimonda vio la oportunidad de su vida, ser la pareja de Batman en el torneo y de una vez por todas acallar al bocón del Gordo Panzón, el único rival que le ha ganado en su juego. Desde la época en que fueron campeones nacionales no competían.

Mientras El Monocuco Tramullero acompañaba a El Gordo Panzón haciendo las veces de asesor de imagen y compañero de equipo, La Marimonda se dirigió a la bolera a esperar a Batman. Cuando lo vio aparecer se le acercó prudentemente y le contó los detalles reales: uno de sus adversarios era su archienemigo, el único con quien alguna vez había perdido. Ante el Gordo Panzón Batman era presa fácil, mucho más si se disponía a jugar en desventaja numérica.

Reflexionó un poco y aceptó el trato, que no incluía ningún tipo de acuerdo económico. Jugarían por una cuestión de honor. La Marimonda sabía que esa sería la oportunidad de su vida.

IV

Presentador de Canal Escorpión

Bienvenidos al primer torneo personajes y leyendas 2009. Hoy sábado 23 de diciembre, en directo desde Bellaquería, en exclusiva para Canal Escorpión; Batman y La Marimonda Agresiva, contra El Joker y Gordo Panzón, en un juego de bolos que definirá el futuro económico de nuestro héroe enmascarado favorito.

Robin sigue ausente, La Marimonda es el reemplazo oficial para esta competencia. Su récord es de cien victorias, cinco derrotas, todas ante El Gordo Panzón,

que a su vez ostenta un récord de ciento veinte victorias, ocho derrotas a manos de la Marimonda. Batman evita la prensa, va con los ojos en blanco. La Marimonda es el vocero del equipo:

—Ganaremos, no hay duda. El payaso psicópata de El Joker va a quedar viendo estrellitas. Y el Gordo Panzón está perdido. Apostamos una caja de cervezas.

El Joker evade las preguntas. Pero El Gordo Panzón se atreve a vaticinar el final: —Esos dos van a mojar las máscaras. Batman quedará arruinado y yo me embriagaré esta noche a costa de otro.

Entre los jueces tenemos personas que representan las fuerzas del orden y del caos. Por una parte está el Jefe de policía de Ciudad Gótica, quien vino especialmente para servir de garante. Del lado de la ley tenemos también a Batichica, quien vino además a modo de apoyo moral para Batman. Robin no ha llegado, quizá llegará elegantemente tarde.

Los competidores se cambian los zapatos, se estiran, calientan, e hidratan. Batman busca algo en el público, parece asqueado. La multitud ha comenzado a ensuciar y desordenar el lugar. Las puertas fueron cerradas y la policía no tiene forma de controlar lo que sucede adentro. Hay unas personas tocando la puerta de la cabina de locución, esperando que vayamos al baño para sacarnos. No hay problema, todo sea por cubrir este evento sin par. Esperemos que algunos superhéroes estén viendo y decidan congraciarse con nosotros. ¿Qué pasó con la amistad que antes reinaba entre héroes?, ¿acaso se volvieron rencorosos y envidiosos como los humanos?, ¿no pudieron los poderes y habilidades vencer estas debilidades?

V

Bob renuncia

Veo gente entrar masivamente a la bolera. Por la televisión sé lo que ocurre dentro. Pero Batman no merece ayuda, él ha querido trabajar toda la vida solo, ahora puede.

En estos tiempos que transcurren, las nuevas generaciones de héroes mutantes han ocupado el puesto de los antiguos personajes estrictos. La evolución es lo que dicta

la norma, y lamentablemente el murciélago es de la vieja escuela. Me han juzgado por mi nueva apariencia. Se han vuelto viejos, obsoletos, lentos y quejumbrosos.

Subí al techo y encontré que estaba completamente sellado, sin espacio para que salga el humo. Vine con intenciones de sabotear el evento, pero luego de ver cómo el lugar se llenaba de prostitutas, prefiero suponer un desenlace evidente. De nuevo sobro, quizás lo mejor sea tomarme la estricnina que he venido guardando para un momento como este.

Mis días como superhéroe han terminado, igual que los de Batman y todos los super amigos. Merecemos la bomba atómica. Buscaré una sombra para beber este pesticida mientras veo al lobo del cuento de caperucita roja, tomar café a la hora del té con la iguana que protagoniza aquella canción de cuna. Mira cómo sorben de sus tasas y charlan orondos, de patas cruzadas y con modales refinados. En unos minutos me entumeceré y no habré dejado ningún legado, excepto esta nota mediocre en el bolsillo posterior de mi cinturón.

Adiós siglo veintiuno, adiós jóvenes que visten de negro y sufren por todo, incomprendidos. Batman me dañó la vida. Y temo hacerle frente. Así que si gana este torneo y se recupera económicamente habrá perdido algo más importante: el tiempo que dedicó queriendo hacer de mí un honorable caballero a la antigua usanza.

Adiós Caballero Oscuro, no te guardo rencor.

Muerto Bob el cielo se oscureció. Dentro de la bolera se desarrollaba una competencia cerrada en medio de un ambiente ruidoso y obsceno. Faltando poco para terminar el encuentro irrumpió en el lugar Superman, y le dio la noticia a Batman. La Mujer Maravilla en bata de dormir y con rulos en el pelo reprendió a los villanos y recuperó todos los títulos inmobiliarios que le pertenecían a Batman. Linterna Verde encerró a las putas y demás adornos del caos y los llevó a la cárcel más cercana; y Flash repartió golpes a todo el que se interpuso en el camino de los demás.

Cuando Batman se enteró de que Robin o Bob yacía en el techo, muerto y a merced de los buitres, quiso abandonar el lugar. La Marimonda Agresiva, que consideró aún no habían terminado sus cinco minutos de fama, le entró a golpes, siendo la placa de titanio la encargada de recibir gran parte del castigo. Lo dejó en estado vegetativo.

El Gordo Panzón se fue encima de la Marimonda y al final Flash los dejó amarrados y amordazados para que la policía, cuando entrara, sacara la basura.

Nada volvió a ser lo mismo, la decadencia de los héroes clásicos era un hecho.